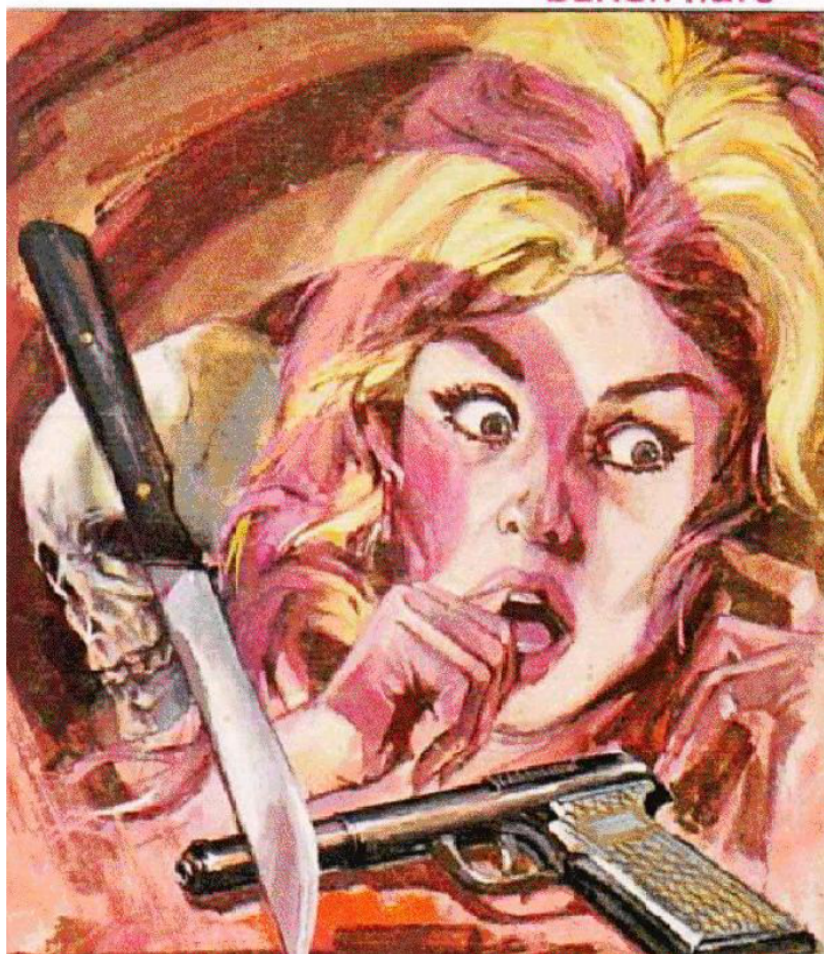


BOLSEEROS BRUJERA
PUNTO
ROJO

la sirena perdida

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



BURTON HARE

LA SIRENA PERDIDA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 692

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 20.310 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio, 1975

© BURTON HARE - 1975

texto

© MIGUEL GARCIA - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.301 — Funeral por un mercenario.

En Colección PUNTO ROJO:

685 — El juego del oro.

En Colección LA HUELLA:

20 — Morir no gusta a nadie.

CAPÍTULO PRIMERO

El barman hizo una mueca de disgusto.

—Señor Nolan —dijo—, por mucho que se empeñe en acabar con las existencias de *whisky*, le aseguro que no agotará mi bodega. ¿Por qué no se marcha a dormir?

Mark Nolan le miró con los ojos turbios.

—Ése es un buen consejo, Jimmy.

—Entonces sígalo, por lo que más quiera, y para que yo pueda cerrar.

—No hablas en serio.

—¡Maldita sea! ¿Sabe usted la hora que es?

—Nunca te fíes de los relojes. Mienten casi tanto como las mujeres.

—Ahí le duele. ¿Por una pájara quiere reventar, empapado de alcohol? Yo creí que era usted inteligente, señor Nolan.

—Te aseguro que yo estaba convencido de lo mismo hasta hoy por la tarde...

El barman esbozó un gesto de resignación.

—Muy bien, apure la botella. Cuando caiga redondo al suelo, le dejaré cómodamente sentado en la acera y cerraré las puertas.

El cliente se echó a reír. No estaba borracho aún.

Por lo menos, no tan borracho que no pudiera tenerse en pie.

De modo que llenó otra vez el vaso y, cuando lo levantaba en un brindis burlón, se abrió la puerta y entró una mujer.

Mark Nolan se quedó con la mano en alto, sosteniendo el vaso, mirando, fascinado, a la recién aparecida.

Era una mujer que andaría por los veinticinco años, alta de estatura, con un rostro de belleza exótica y exquisita, en el que destacaban tanto los labios rojos como los profundos ojos azules.

Nolan no perdió mucho tiempo admirando sus rasgos faciales, entre otras razones porque había mucho más que ver, si uno dejaba

resbalar la mirada hacia abajo.

En realidad, había curvas suficientes para marear a alguien con menos alcohol en el cuerpo. A Nolan se le antojó que el mundo comenzaba a girar al revés.

El barman la miró también, y sintió que se le secaba la garganta, porque aquélla era una de esas mujeres que uno solo ve en sus sueños de adolescente..., si es que tiene capacidad suficiente para soñar.

Ella no pareció advertir el impacto que causaba su presencia. Se detuvo un instante, y sus ojos recorrieron el pequeño local con una mirada extraña, vacía y perpleja.

Luego, se acercó al mostrador y musitó:

—Deme... algo de beber...

—Claro, ahora mismo —cacareó Jimmy.

Estaba de espaldas a la muchacha, buscando la botella, cuando volvió a abrirse la puerta y entraron dos hombres.

Éstos no tenían nada de belleza. Eran grandes, macizos, llevaban el cabello cortado a cepillo, y ambos parecían saber muy bien lo que buscaban.

Y lo que buscaban era la muchacha.

Avanzaron mientras ésta les miraba con auténtico terror. En un instante, se colocaron uno a cada lado, y Mark oyó la voz de uno, semejante al gruñido de un oso:

—Se acabó, nena. Nos diste mucho trabajo...

Ella jadeó:

—¡Déjenme...!

—Vamos, no alborotes.

La sujetaron por el brazo y casi la levantaron en vilo para sacarla del taburete.

Jimmy, detrás del mostrador, estaba lívido.

Mark Nolan se acordó de que aún tenía un vaso lleno de líquido en la mano, y lo vació de un trago.

La joven sollozó:

—¡No hice nada..., no lo hice..., déjenme...!

—¡Cierra el pico!

La arrastraron hacia la puerta, seguros de su fuerza y de su poder.

Entonces, Nolan gruñó:

—Ella dijo que la suelten, pareja de monos.

Se detuvieron como si hubieran tropezado con un muro. El más pálido de los dos gruñó:

—¿Usted dijo eso?

—Seguro. La chica no quiere acompañarles, así que mejor será que la suelten.

—Bueno, nos tocó un héroe esta vez. ¿Piensa impedirlo?

—Aunque tenga que llamar a la policía. No pueden raptar a una mujer así como así...

—¿Oíste, Selby? —rió el que llevaba la voz cantante.

—Vámonos. Déjale que se desgañite.

Mark saltó del taburete.

—Llama a la policía, Jimmy —dijo—. Yo seguiré discutiendo con estos monos.

El pálido soltó el brazo de la muchacha y se puso en marcha hacia Nolan.

—Ya hablaste demasiado. Cuida de esta zorra, Selby, mientras le cierro la boca al héroe...

Mark Nolan le miró de arriba abajo. Si la fortaleza de aquel corpachón correspondía a su aspecto, la cosa podía resultar muy comprometida.

El grandote echó el brazo hacia atrás, tomando impulso. Cuando lanzó el puño fue como si disparase una bala de cañón.

Nolan se echó a un lado de un salto. Las piernas se le enredaron y estuvo a punto de caer, pero consiguió esquivar, y el hombre grandote y su puño pasaron por su lado como una locomotora a toda marcha.

Desde la puerta, donde sujetaba a la muchacha, Selby cacareó:

—¡Machácale, Griffin, no dejes que un borracho te haga bailar!

Griffin rechinó los dientes y volvió a la carga. Esta vez, su enorme puño estalló de refilón cerca de la oreja de Nolan, y éste sintió como si le arrancaran la cabeza de cuajo. Dio dos o tres tumbos y acabó estrellándose contra el mostrador, con un zumbido en la cabeza semejante a una turbina.

Su mirada turbia vio la botella. La atrapó de un zarpazo y, volviéndose en redondo, la volteó.

Fue un golpe de suerte, que tuvo consecuencias espectaculares. La botella encontró, en su vertiginoso y ruidoso camino, la cara del

hombre grande, y reventó allí, con un impacto cristalino y ruidoso. Sólo que reventó algo más. Reventó toda la cara del hombre, a causa del estallido de los cristales.

Así que el tal Griffin lanzó un alarido, llevándose las manos a la cara, y cayó igual que herido por un rayo.

La sangre comenzó a saltar entre sus dedos, mientras permanecía en el suelo hecho un ovillo, gimoteando con voz aguda.

El otro apenas podía creerlo. Soltó a la muchacha y rugió:

—¡Maldito bastardo del demonio!

Corrió hacia Nolan, blandiendo sus grandes manos. Mark aún sostenía en el puño el cuello de la botella, rematado por dos agudas aristas de afilado cristal. Levantó el brazo, y los puñales de vidrio se hundieron profundamente en un costado de la masa de músculos que se le venía encima.

El matón se detuvo en seco, con una mirada de inmenso estupor en la cara. Nolan retrocedió unos pasos, abandonando la improvisada arma, que quedó clavada en el cuerpo de Selby.

—¡Maldito...! —jadeó éste.

Se arrancó el cristal de un manotazo, y al instante la sangre comenzó a manar como un torrente. Rugiendo, hundió la mano en la axila y sacó una enorme pistola automática.

Nolan apenas podía creer que todo aquello estuviera sucediendo realmente. Era una pesadilla..., uno de sus delirantes relatos que encantaban a su editor, y le proporcionaban los ingresos con que emborracharse de vez en cuando...

Pero la pistola estaba allí. Oyó el seco chasquido del seguro al saltar, empujado por el pulgar del pistolero y, de modo instintivo, se arrojó de cabeza hacia adelante.

Oyó el bronco estampido de la automática en el instante en que su cabeza se hundía en el estómago del hombre tirándolo hacia atrás. Luego, todo fue confuso, alucinante. Apenas si pensaba, dejando que fueran sus instintos los que dirigieran sus acciones.

Agarró un taburete con las dos manos, cuando el pistolero levantaba la pistola otra vez. El taburete volteó en el aire, y acabó estampándose contra el desguarnecido costado del enorme individuo, allí donde la sangre empapaba las ropas.

El golpe fue terrible, y tiró a Selby contra el mostrador. La pistola se le disparó y la bala hizo polvo una lámpara. Luego, con

los ojos girándole en las órbitas, el hombre fue deslizándose pegado al mostrador hasta quedar sentado en el suelo, semiinconsciente.

Mark Nolan dio un salto y disparó un puntapié con todo su entusiasmo. El zapato aplastó la cara del pistolero, y la cabeza sonó a cascajo cuando rebotó contra el mostrador. Sus dedos se abrieron, y la pistola cayó al suelo.

Jimmy dejó escapar el aire retenido en sus pulmones, y miró, asombrado, a Nolan.

—¡Que me aspen, los tumbó! —dijo con un hilo de voz.

—Ocupate de que tengan un dulce despertar... Y usted, linda, mejor será que salga de aquí, antes que cualquiera de ellos regrese a este valle de lágrimas... Vamos, la acompañaré.

Aturdida, como andando en sueños, ella se dejó conducir al exterior.

Caminaron un buen trecho en silencio. A Nolan seguía zumbándole la cabeza, y un latido doloroso parecía empeñado en quebrársela por la mitad.

Al fin, comentó:

—Aún no sé por qué diablos lo hice. Esos bastardos pudieron haberme matado..., iban armados. ¿Les conocía usted?

—No...

—Pero ellos querían llevársela.

—Fue terrible.

—¿Por qué querían raptarla?

—No lo sé... ¡Dios, no sé nada, créame!

—No me tome la cabellera, por favor. Me jugué la cara por usted, ¿recuerda? Merezco, por lo menos, una pequeña explicación.

Ella se detuvo. Estaban en una esquina, y la luz del farol más próximo apenas si disipaba las sombras.

Mark se extasió una vez más mirándola tan cerca y tan hermosa que daba vértigo.

—Algo debe saber de esos tipos —insistió—. Quiénes eran, por qué la buscaban... Todo eso.

Ella sacudió la cabeza.

Con voz apenas perceptible, musitó:

—No sé quiénes eran... «No sé siquiera, quién soy yo».

Nolan abrió la boca, estupefacto, y se olvidó de cerrarla.

Luego gruñó:

—¿Quiere tomarme el pelo, nena?

—¡Es horrible lo que me ocurre!

—Vayamos por partes. Olvidémonos de esos dos monos... ¿Cómo se llama usted? Éste es un buen principio.

—No lo sé. «No sé cómo me llamo». ¿Es que no lo comprende?

El casi se cayó de espaldas, y esta vez no fue a causa del alcohol.

—De modo que ignora su nombre. No sabe nada de usted misma... ¿Quiere decir que padece amnesia?

Ella sólo miró con sus grandes ojos vacíos de expresión.

—¡Cuernos! Eso lo escribo yo, y me arrojan por la ventana. ¿Desde cuándo no recuerda nada de nada?

—No lo sé tampoco. Es como si hubiera empezado a vivir poco antes de entrar en ese bar... Me encontré caminando por la acera, en una callejuela estrecha y oscura. No sabía qué estaba haciendo allí... no conocía las calles ni nada... Doblé la esquina, y vi las luces del bar. Entré, y eso es todo.

—Y detrás de usted entraron los dos matones para llevársela consigo... Ahora creo que nos hemos ido demasiado aprisa del bar. Debí hacerles unas preguntas a los monos.

—¡No estará pensando volver!

—No..., los disparos deben haber despertado a algún vecino, y éste habrá llamado a la policía. Mejor será seguir poniendo tierra por medio.

La tomó del brazo, y reanudaron la marcha sin cambiar palabra durante unos instantes.

Al fin, Nolan gruñó:

—Está usted en un bonito embrollo. Veo que no lleva bolso... ¿Ha mirado si hay algo en sus bolsillos?

—No...

—Déjelo para cuando estemos en casa.

—¿En qué casa?

—Vendrá a mi apartamento. Allí estaremos seguros, por el momento, y podremos buscar una solución a su problema.

—Pero yo no sé quién es usted, tampoco...

—¡Ésta es buena, preciosa! Soy el tipo que ha estado a punto de perder el pellejo por sacarla de un apuro. ¿No le parece suficiente credencial para que confíe en mí? Además, mi nombre es Mark Nolan. Vivo solo y nadie me pedirá cuentas, si la alojo a usted por

un tiempo. ¿Está bien así?

Ella sonrió por primera vez. Una sonrisa extraña y triste, pero sonrisa, al fin.

—Perdóneme —musitó—. Estoy transtornada... sin usted, quizá ahora estaría muerta.

—Bueno, no dramatice tampoco.

Siguió llevándola sujeta del brazo hasta el edificio donde tenía su apartamento, una leonera en la cumbre de la mole de cemento, hierro y cristal, que engullía un buen tanto por ciento de sus ganancias.

Al introducir a la muchacha en el apartamento, Nolan se alegró, una vez más, de disponer de un lugar tan aislado, independiente y discreto.

CAPÍTULO II

La muchacha paseó la mirada por el decorado. Seguía dando la sensación de estar profundamente aturdida.

Había bonitas reproducciones de cuadros famosos en las paredes tapizadas de un color chillón, muebles de formas absurdas, pero que daban la impresión de extremada comodidad, periódicos y revistas esparcidos por todas partes, estanterías repletas de libros; un diván inmenso, salpicado de almohadones de colores detonantes, y una media.

La media olvidada colgaba del respaldo de una butaca, y resaltaba allí como un gato en una ratonera.

De un zarpazo, Nolan la hizo desaparecer detrás de la butaca, y se volvió.

—Nunca he presumido de orden, en este lugar —comentó—. Pero así es como me gusta vivir, así que habrá de adaptarse.

—Parece cómodo...

—Síéntese.

El se fue al rincón donde estaba el mueble bar, y preparó dos vasos generosamente llenos. Le llevó uno a la joven y sonrió.

—Creo que ambos lo necesitamos, linda —dijo—. Bébalo y sentirá que vuelve a vivir.

Le dio ejemplo, vaciándolo él casi de un trago.

La muchacha bebió despacio, sin apartar su mirada perpleja de aquel hombre que tan providencialmente había aparecido en su vida.

Mark dejó el vaso vacío y, colocándose detrás de ella, dijo:

—Deje que examine su cráneo... Tal vez ha recibido un golpe, y eso fue la causa de su amnesia.

Tanteó la hermosa cabeza con las puntas de los dedos. Junto a la oreja izquierda halló una leve protuberancia y, al apretarla, ella emitió una queja.

—¿Duele?

—Sí..., mucho.

—La golpearon. O se golpeó contra algo. Pero no parece un golpe lo bastante fuerte como para provocar amnesia...

Ella se recostó hacia atrás en el diván, y dejó reposar la cabeza en el respaldo. Desde allí, murmuró:

—Es todo tan confuso, tan absurdo... Una lee estas cosas a veces, y piensa que eso sólo les sucede a los demás. Y de repente...

—No se torture. De momento, está en lugar seguro. Ahora, veamos qué hay en sus bolsillos, ¿sí?

Ella se incorporó, y comenzó a registrar los dos bolsillos de su vestido.

—Nada —dijo, desalentada—. Absolutamente nada.

—Claro, las mujeres suelen llevar sus cosas en el bolso, y usted parece haberlo perdido. Bueno, descanse y déjeme pensar un poco... Pensar es mi oficio, ¿sabe? Lo hago bastante bien.

—¿Quién es usted, Nolan?

Llámeme Mark. Soy escritor. De cuarta o quinta fila, pero escritor, al fin y al cabo.

—¿De veras? Ojalá yo pudiera saber también quién y qué soy...

—Ya lo aclararemos...

Se interrumpió, de pronto, con el ceño fruncido. Ella se sobresaltó:

—¿Qué está pensando?

Sin responder, Mark se arrodilló ante ella, y le sacó el zapato derecho.

—¿Qué hace?

—Mire esto.

Sobre la punta del zapato había una clara mancha oscura. El la rascó un poco con la uña, y se desprendió una finísima partícula, que quedó en su dedo.

—Sangre seca —dijo Nolan, sintiendo un escalofrío en la médula de los huesos—. Y no se ha manchado con la de los dos monos, en el bar. Usted estaba lejos de ellos.

Además, ésta está completamente seca...

—¿Está... seguro de que es sangre?

—No me cabe ninguna duda, aunque habría que analizarla para saber... No se mueva.

Tomó en sus manos el pie descalzo. En la media había también unas pequeñas salpicaduras parduscas. Levantó la mirada a lo largo de la exquisita pierna de la muchacha hasta el borde de la falda.

La falda estaba arrugada bastante más arriba de las rodillas, y la panorámica anatómica que se ofrecía a su admiración era realmente fascinante. Pero toda fascinación por los firmes muslos se esfumó ante la mancha que acartonaba el borde de la falda.

—Tiene usted manchas secas hasta en el vestido... ¿No le trae eso ningún recuerdo a la memoria?

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro. Pero el desconcierto de su mirada empezaba a dejar paso al miedo.

—¿Qué..., qué supone que pudo pasar? —balbuceó.

—Nadie puede saberlo, guiándose sólo por estas manchas. Trate de pensar, linda.

Inténtelo...

Las lágrimas asomaron a las azules pupilas.

—¡Pero no puedo! —gimoteó—. ¡No puedo recordar nada...!

El sujetó sus manos, apretándolas entre sus fuertes dedos.

—No tenga ningún miedo de recordar... Puede que su amnesia no sea traumática, sino producida por un choque psíquico. ¿No puede pensar en nada concreto que sucediera antes de entrar en el bar?

—No... sólo la calleja oscura, y la esquina desde la que vi las luces del bar...

El acabó sentándose a su lado, en el diván.

—Mire, preciosa, usted tiene un nombre, quizá una familia... incluso hijos, tal vez. Una casa y un marido, o unos padres... ¿No hay nada de todo eso en algún rincón de su mente?

Ella negó con un gesto, mirándole con angustia.

El gruñó:

—Alguien la buscará, seguro. Una mujer no puede desaparecer sin que alguien se alarme, y empiece a preocuparse por ella. ¿Desea que llame a la policía, y les cuente todo lo sucedido? Ellos poseen medios de identificar a una persona.

De nuevo el miedo aleteó en sus ojos.

—¿Policía? —balbuceó—. ¿Y esta sangre...?

—Sí, claro. Es posible que haya cometido usted un crimen...

Ella casi se levantó de un salto, pero él continuaba sujetándole

las manos, y la retuvo.

—Debemos enfrentarnos con esta posibilidad —insistió—. De cualquier modo, esto es sangre, y apuesto doble contra sencillo que no es sangre de pollo. Sería demasiado, teniendo en cuenta cómo querían cazarla los dos pistoleros del bar.

—Entonces, ¿qué puedo hacer?

Había angustia en su voz. Y un absoluto desamparo, que hicieron correr una corriente cálida por todo el cuerpo de Nolan.

—Maldito si lo sé, pero algo se me ocurrirá. Por lo menos, debería ocurrírseme algo. Es mi oficio embrollar esta clase de asuntos para resolverlos al final... De momento, creo que debería verla un médico.

—¿Y no llamará él a la policía?

—No lo hará —dijo Mark, descolgando el teléfono—. Y si lo hiciera, yo le arrancaría la cabeza.

Discó un número y, tras una larga espera, dijo por el auricular:

—¿Doctor Shelley? Aquí Mark Nolan. ¿Quiere avisarle, por favor?

Esperó unos instantes. Luego, una voz clara le llegó por el aparato.

—¿Mark? —dijo el médico—. ¿Qué te duele esta vez? Te advertí que, si no dejabas de beber, no daba un centavo por tu hígado.

—Mi hígado está perfectamente, gracias. Se trata de otra cosa, y ésta es confidencial, así que ven y no hagas preguntas.

—¿Ahora, quieres decir, a estas horas?

—Eso es exactamente lo que quiero decir.

Sonó una especie de explosión verbal al otro extremo del hilo.

—¡Maldita sea! Son casi las tres de la madrugada —gritó el médico—. Estoy casado, tengo obligaciones, pacientes que...

—Deja de chillar y ven, eso es todo lo que tienes que hacer. En cuanto a estar casado, no vengas a llorar a mi regazo por ese error. Te advertí a tiempo.

—¿De qué demonios...?

Mark rió al teléfono y colgó.

La muchacha dijo:

—¿Hay un tratamiento para la amnesia, Nolan?

—No lo sé. Quizá otro porrazo..., pero ése se me antoja un remedio muy bestia. Tranquilícese. Alex tendrá una respuesta a esa

pregunta.

—¿Alex es el doctor?

—Alex Shelley. Es un buen hombre, si uno le deja desgañitarse a su gusto. Y lo más importante, dadas las circunstancias, cerrará la boca.

Encendió un cigarrillo y se levantó.

—Puede refrescarse la cara, si quiere. El baño está detrás de aquella puerta. Estoy bien...

—No me ha entendido. Quiero que se quite las ropas y las examine. Quizá haya marcas de lavandería en ellas y, si es así, quiero saberlo.

—Entiendo.

Cuando la muchacha hubo desaparecido en el baño, Mark volvió a llenar su vaso, y esta vez lo apuró a pequeños sorbos, pensativo.

Examinando las cosas con cierta perspectiva, sentía escalofríos cada vez que pensaba en su lucha con los dos pistoleros. Había sido la idiotez más grande de su vida porque muy bien pudieron haberle metido plomo bastante en el cuerpo para que no tuviera que preocuparse nunca más de pagar el alquiler de la leonera.

Y luego, estaba la sangre seca en el zapato y las ropas de la muchacha...

Y la muchacha misma, con su amnesia.

Era un revoltijo, en el centro del cual no podía sentirse muy cómodo, precisamente. Poco después, ella apareció de nuevo. Se había arreglado un poco el cabello, y a Mark se le antojó más adorable que nunca.

—¿Y bien? —la instó.

—No hay ninguna marca en mis ropas. Nada. Sólo esa sangre.

—Bien, no se desespere por eso. Ya trataremos de buscar el rastro de otro modo.

Ella avanzó hasta detenerse frente a él.

—Nolan —susurró—. ¿Por qué hace todo esto por mí...?

—Se me ocurre que ésta es una buena pregunta.

—¿También es buena su respuesta?

—Tengo varias respuestas en el disparador. Primera, usted me intriga. Soy escritor de relatos de misterio, y ésta es la primera vez que se me presenta la oportunidad de vivir el más excitante de cuantos pudiera haber imaginado. Segunda: Aquellos dos monos

estuvieron a punto de enviarme al infierno con sus pistolas. Me gustaría mucho encontrar algo con que llevarlos adonde deben estar.

—¿Hay una tercera? —sonrió la joven.

—Seguro que la hay. Usted misma.

—¿Qué?

—Vuelva al cuarto de baño y mírese al espejo. No hay respuesta más clara que la que él le dé.

—Entiendo.

—Es usted la mujer más sugestiva, hermosa y excitante que he conocido en mi vida. Y encima, rodeada de misterio. Aunque quisiera desentenderme de este lío, no podría. Poco a poco, la muchacha volvió a sentarse en el diván, y, como antes, se recostó hacia atrás y cerró los ojos.

—Es usted reconfortante, Nolan —musitó.

—Nunca me habían comparado con un reconstituyente farmacéutico. Siga.

—Me refiero a la seguridad que siento en este lugar, con usted.

—Algún día le pasaré la factura.

Ella abrió los ojos y le miró.

—¿No le pondré en un compromiso si estoy aquí, Nolan?

—Le dije que me llamara Mark. ¿A qué compromiso se refiere?

—No lo sé... Quizá con sus amistades femeninas.

Yo no...

Ella esbozó una sonrisa. Parecía mucho más serena ahora.

—Ya sé —gruñó él—. Esa media le ha dado a usted ideas, ¿no es así?

—Imagino que no sería suya.

—Es cierto.

—¿Que era suya?

—Tiene sentido del humor, a pesar de la situación. Eso es bueno. En cuanto a la media, la olvidó cierta dama, hace un par de días. Y causó una conmoción cuando otra señora la descubrió, al irrumpir aquí inesperadamente, eso es todo.

—Empiezo a darme cuenta de que éste debe ser un apartamento muy concurrido.

—Lo que dije antes; tiene sentido del humor...

Sonó el timbre de la puerta, con violenta insistencia.

—El matasanos —exclamó Mark, levantándose—. Relájese, es de confianza.

El doctor Shelley era un hombre iracundo cuando entró en el apartamento. Alto y delgado, había sabido conservar un porte refinado, que le proporcionaba un buen cartel entre su selecta clientela. Entre esta clientela, Mark Nolan significaba el garbanzo negro que de vez en cuando le recordaba que, además de médico, era también un hombre, un ser humano. Y no estaba muy seguro de que este permanente recordatorio le disgustara.

—Mark, espero que no sea ésta otra de tus absurdas...

Entonces vio a la muchacha recostada en el diván, y su voz se extinguió.

Nolan cerró la puerta y dijo:

—Ella es tu paciente esta vez, viejo.

El médico avanzó, abandonando su maletín sobre una mesita. Sus ojos expresaban claramente que la visión de aquella belleza le producía un impacto que no tenía nada que ver con su atención profesional.

Ellaladeó la cabeza, y le observó a su vez, esperanzada.

—¿Quién es ella? —balbuceó Shelley.

—Eso es lo que pretendemos saber.

—¿Qué?

—Amnésica. No recuerda nada de nada. Ni siquiera su nombre.

—¿Es una broma?

—Ojalá lo fuera. Siéntate, toma un trago y escucha.

Tomó el trago y después otro, antes de que Nolan terminara el relato de sus aventuras de aquella noche.

Cuando terminó, Shelley estaba tan perplejo como había estado él al principio.

Con voz cautelosa, aventuró:

—Supongo que comprendes en el lío que te estás metiendo...

—No te llamé para que activaras mi conciencia. Ella necesita ayuda médica y discreción. Ése es tu trabajo.

—Ese golpe en la cabeza puede haber sido la causa del trastorno, aunque lo dudo.

—Bueno, ponte a trabajar. Ya hablarás después.

El médico le miró asombrado.

¿Crees que puedo devolverle la memoria, sólo con examinarla

ahora y aquí? No soy un brujo, Mark. Sólo soy un pobre médico, con facultades y limitaciones.

Necesitará tiempo, y cuidados intensivos.

—En cristiano, ¿qué quiere decir eso?

—Habría que internarla, y someterla a una serie de *tests*, altamente especializados.

—Bueno, tú posees una estupenda clínica. No creo que ella tenga inconveniente en someterse a ese tratamiento. ¿No es así, mi linda desconocida?

Ella sonrió, esperanzada ahora.

—Haré lo que ustedes decidan...

—Buena chica. Ya oíste, Alex. Adelante.

El doctor Shelley se quedó mirando a la muchacha y, de pronto, dijo:

—Este asunto ofrece unas perspectivas muy poco alentadoras, muchacha. Y quiero dejarlas aclaradas, antes de hacer nada. Empecemos por esas manchas de sangre...

Ella asintió en silencio.

Mark gruñó:

—Haz que las analicen, sólo para estar seguros.

—No te preocupes, lo haré en cuanto lleguemos a la clínica. Pero yo no me refería a eso, sino a lo que pueden implicar. Por ejemplo, jovencita, usted puede haber cometido un crimen. Es una posibilidad con la que hay que contar. ¿Está de acuerdo?

Ella se estremeció, y no dijo una palabra.

El médico añadió:

—Ésa puede haber sido la causa de su amnesia. El horror de un hecho consumado, es posible que haya disparado los resortes de autodefensa del subconsciente. Es como si se tendiera una cortina entre una realidad que la horroriza, y el olvido que la aísla de esa realidad. La mente consciente olvida, se adormece, y predomina el subconsciente, con la ausencia total de recuerdos, de realidad presente y pasada. Sólo deja un resquicio en blanco, que significa el futuro porque éste está libre de todo lo que horroriza a la mente.

—Bien, todo eso es interesante, pero te toca a ti descubrir si es eso lo que ha sucedido en este caso.

—No me has entendido. Quiero dejar sentado que si, en las pruebas a que someta a esta mujer, descubro que realmente ella ha

cometido un crimen, no podré mantener el secreto. Estoy en la obligación de dar cuenta a las autoridades.

—Tú no harás nada de eso, viejo, a menos que quieras que te arranque la cabeza. Sea cual fuere el resultado, me lo dirás a mí, y dejarás que sea yo quien decida. Esta chica necesita ayuda, alguien que la saque del drama en que se ha visto metida. ¿Crees tú que la policía la protegería acaso? Soltarían a los reporteros sobre ella, la acosarían hasta desmenuzarla, hasta destruirla por completo. De modo que, sea lo que fuere que encuentres, cuando hagas tu trabajo mantendrás la boca cerrada, matasanos del demonio, porque de lo contrario conocerás mi lado desagradable.

El médico sonrió sin una pizca de humor.

—Me gustaría saber si realmente tienes un lado agradable... porque si es así, yo no lo conozco. Está bien, mantendré discreción. Después de todo, existe algo que se llama secreto profesional.

La muchacha habló por primera vez. Su voz temblaba cuando susurró:

¿Y después, doctor?

—¿Después de qué?

—De que usted sepa lo que hay en mi mente, si es que hay algo espantoso en realidad. ¿Qué será de mí?

—Ya nos ocuparemos de eso, si llega el caso —terció Mark.

Ella se levantó, mirándoles con sus grandes ojos inquietos.

El médico decidió:

—Bien, si hay que hacerlo, cuanto antes empecemos, antes habremos terminado. La llevaré conmigo ahora para que pase el resto de esta noche descansando en la clínica. Te llamaré por la mañana, Mark, aunque no esperes que tenga nada concreto, tan pronto.

Nolan asintió. Estrechó las manos de la joven, sonriéndole con la esperanza de animarla, y, cuando se hubo cerrado la puerta, encendió un cigarrillo, pensando furiosamente en todo lo acaecido hasta entonces.

Cuando, más tarde, se acostó, había decidido ya dedicar todo su tiempo a esclarecer semejante embrollo. Para ello lo principal era identificar a la muchacha, saber quién era, en realidad.

Todo lo demás se daría por añadidura.

CAPÍTULO III

Contra su costumbre, Mark Nolan se levantó temprano y salió del apartamento a una hora que dejó completamente desconcertado al conserje del edificio, por cuanto hasta entonces jamás se había dado una circunstancia semejante.

Nolan buscó un vendedor de periódicos, y compró todos los de la mañana. Con los diarios bajo el brazo, se encaminó al bar donde empezara su extraordinaria aventura y, entrando, se encaramó a un taburete.

El barman y propietario del establecimiento mostraba una lamentable cara de sueño. Pero al ver a Nolan, se animó.

—¡Cuernos, señor Nolan! —cacareó—. ¡La armó buena anoche!

—Eso creo recordar. ¿Cómo terminó la fiesta, vino la policía?

—¿Policía? No, señor. Sólo habría faltado la «poli».

—A veces, me asombra lo poco que se interesa la gente por los problemas ajenos. Uno pensaría que, al oír los disparos, alguien llamaría a la ley.

—Estaba la puerta cerrada —le recordó el barman—. Nadie debió escucharlos, a semejantes horas de la madrugada. No, señor, nada de polizontes. Pero aquellos dos fulanos consideraron muy seriamente la cuestión de si debían cortarme el cuello o no. Pasé un rato infernal, cuando llegó el otro.

—¿Qué otro?

—Un tercero, ¿es que no me explico? Debía estaresperándoles en algún sitio con un coche, porque entró pisando fuerte, y casi saltó hasta el techo al ver a sus compinches.

¡Madre mía, cómo se puso el tipo!

—¿Dijeron algo interesante?

—Lo más interesante fue lo que dijeron de usted. De usted y de sus antepasados...

Luego, quisieron saber si yo le conocía, si sabía dónde vivía y

todo eso.

Nolan dio un respingo.

—¿Qué les dijiste?

—No se alarme... Dije que usted era sólo un cliente para mí. Que todo lo que sabía era que se llamaba Mark, que le gustaba beber y que venía de vez en cuando, como otros muchos. No querían creerlo...

—Eres un lince, Jimmy.

—Sí, bueno, pero para otra vez busque otro tugurio donde divertirse. Me dejaron esto perdido de sangre. El que recibió el botellazo hubo de salir en volandas llevado por el tercero, que también era un buen ejemplar. El otro pudo andar por su pie, pero debía tener unas cuantas costillas rotas porque aullaba como un demonio, a cada paso.

—No es nada que me quite el sueño. Eso les enseñará... ¿No oíste que dijeran algo interesante respecto a la chica?

—No. Estaban demasiado estropeados. Lo único que el último que llegó quiso saber era dónde estaba la mujer. Cuando le dijeron que se había escabullido, con la ayuda de un desconocido, también se puso bueno...

—Si vuelven otra vez, tú sigues ignorando dónde vivo, muchacho. Y ahora, veamos si tienes un buen desayuno para mí. Huevos, jamón y cosas así. Estoy hambriento.

¿Sabe una cosa, señor Nolan? Es la primera vez que desayuna aquí...

—Mi desayuno suele tener lugar a la hora de la comida, pero, hoy, las circunstancias son extraordinarias, así que espabila.

Mientras el hombre se aprestaba a complacerlo, Mark abrió el primer periódico, y repasó los titulares de todas las páginas.

No encontró nada de lo que buscaba. Realizó la misma operación con los otros, con el mismo resultado negativo, y al fin los dejó a un lado, perplejo. No había una sola noticia sobre crímenes ni asesinatos. Al parecer, Los Angeles era una sorprendente balsa de aceite.

Devoró el desayuno rápidamente y, cuando saboreaba un café espeso y negro, Jimmy murmuró:

—Ya está... debí figurármelo.

—¿De qué estás hablando?

—Acabo de ver al tercer tipo.

Casi saltó del taburete.

—¿Qué?

—Al otro lado de los cristales de la puerta. Ha dado un vistazo, y desaparecido al instante.

—Vigilan... tenían la esperanza de que yo vendría otra vez aquí. Y he sido lo bastante idiota para hacerles el juego. ¿Puedes ver algo sospechoso desde ahí, Jimmy?

—Ahora, no. Quizá están apostados en alguno de los coches aparcados en la acera.

—Me pregunto si alguno de los que recibieron leña anoche estará presente para identificarme, porque, de otro modo, cómo ese tipo que no me vio podrá saber a quién tiene que cazar.

—Seguramente, estarán ahí. Posiblemente, el de las costillas rotas, porque el otro dudo que esta mañana pueda valerse por sí mismo. Le dejó usted la cara convertida en unos zorros...

—Lástima que el otro pueda valerse aún... Me necesitan, si quieren localizar a la chica, de eso no cabe duda. Soy el único hombre en este mundo que les puede llevar hasta ella.

—A propósito, ¿qué le pasó, la llevó a su apartamento?

—No. Está en un lugar más seguro. Echa otro vistazo a la calle, desde el final del mostrador, y dime si ves algo sospechoso.

El barman obedeció. Simuló fregar, sin entusiasmo, aquel extremo de la barra, y luego retrocedió.

—Están en un coche, señor Nolan, al otro lado de la calle. Un «Cadillac» negro, cerrado. Hay un tipo en el volante, y dos más en la parte trasera. Uno de éstos tiene algunos parches en la cara, porque usted le sacudió un puntapié de campeonato.

—Ya veo... Trata de obtener la matrícula, pero sin despertar sus sospechas.

Mientras Jimmy lo hacía, comentó:

—Deben haber llegado después de usted, y el tipo sano ha venido a dar un vistazo. Ahora esperarán a que salga para que el herido pueda verle bien.

Escribió la matrícula en un pedazo de papel, y lo pasó a Nolan a través del mostrador.

—¿Qué piensa hacer ahora, señor Nolan? Esos tipos no bromean, ya lo vio anoche. Utilizan las pistolas como usted el tenedor... —

Estoy pensando...

Se embolsó la matrícula, y, de pronto, dijo:

—¡Ya lo tengo! Les daré algo duro que roer.

Se dirigió a la cabina telefónica y, tras marcar un número, dijo:

—Quiero hablar con el teniente Nichols, de la Secreta.

—No está de servicio —replicó una voz aburrida—. Puedo comunicarle con los oficiales de turno y...

—No, gracias.

Colgó y volvió a marcar otro número. Esta vez el teléfono zumbó repetidamente al otro extremo, antes de que alguien lo descolgara.

Una voz bronca gruñó:

—¿Qué demonios pasa? —¿Peter?

—Peter Nichols al habla.

—Aquí Mark.

—¿Mark Nolan?

—Ajá.

—¡Condenación! Una sola vez en tu vida que te levantas a una hora decente, y tienes que hacerme partícipe de tu hazaña...

—Bueno, ¿es que no pensabas levantarte esta mañana?

—Me acosté a las seis, por si tienes interés en saberlo.

—Lo siento, pero pensé que quizá podríamos cambiar impresiones sobre cierto asunto que me preocupa.

—En mi día libre, lo único que me preocupa a mí es seguir durmiendo, así que vete al demonio y no vuelvas.

—¡Eh, espera un minuto! ¿Quieres verme acribillado a balazos?

—¿A ti?

—Eso es.

—¿Quién quiere meterte plomo en el cuerpo, algún lector recalcitrante de tus engendros?

—Pistoleros, Peter. Pistoleros profesionales. Es un asunto muy raro, que empezó anoche. Y esta mañana parece que sigue.

—Debí imaginar que tú no te has levantado temprano sólo por hacer deporte. Han sido necesarios unos cuantos pistoleros para sacarte de tu guarida a estas horas. ¿No estarás tomándome el pelo, amiguito?

—Palabra, Peter. Me vigilan. Y son pistoleros.

—¿Dónde estás ahora?

—En lo de Jimmy. ¿Vas a venir?

Hubo una breve pausa. Luego, le sucedió una sarta de gruñidos, y finalmente la voz del policía:

—Como todo esto no sea más que un cuento, vas a lamentarlo, Mark.

—No tardes. Quizá esos tipos se cansen de esperar en la calle. Colgó y regresó al mostrador.

Jimmy balbuceó:

—¿Ha llamado a la policía?

—A un policía solamente. Es amigo mío... Ya le conoces porque estuvo aquí algunas Veces, hace tiempo.

—¿Y va a venir él solo?

—¿Qué esperabas, un regimiento con bandera y banda de música?

El barman no parecía tranquilizado, ni mucho menos.

Entraron un par de clientes entre tanto, y les sirvió como ausente, con la atención prendida del exterior, por si los pistoleros decidían iniciar una batalla, antes de tiempo.

Pasaron quince minutos, y entraron y salieron varios hombres y mujeres, que tomaron sus consumiciones apresuradamente, y volvieron a marcharse.

Otros diez minutos más tarde, un coche sucio de polvo se detuvo ante la puerta, y Peter Nichols se apeó, mirando en torno con perfecto aire despistado.

Luego, atravesó la acera y entró en el bar.

Nolan no disimuló el alivio que experimentaba. —¿Los has visto?

—¿Si he visto qué?

—Los tipos del coche, al otro lado de la calle.

—Bueno, ¿qué pasa con ellos? Pueden ser ciudadanos esperando un amigo o cualquier otra cosa. Uno tiene la cara con vendajes. Tal vez ha sufrido un accidente y...

—El accidente lo sufrió aquí, anoche, con un puntapié que yo le sacudí.

—Ya veo... Creo que será mejor que empieces por el principio.

—No hay mucho que contar. Fue una de esas cosas idiotas que suceden a veces, ya sabes...

—Si no lo explicas con más claridad, no sé absolutamente nada.

Pidió café negro, y el barman se apresuró a complacerle.

Mark Nolan improvisó, en parte, su relato.

—Empezó con la entrada, aquí, de una mujer. Una soberbia mujer, y yo entiendo un rato de la materia. Tras ella entraron dos matones y, sin andarse por las ramas, la atraparon, intentando llevársela por la fuerza. Traté de impedirlo, porque ella gritaba que no quería acompañarles, naturalmente. Bien... uno me atacó, y le sacudí en la cresta con una botella, de modo que dejó de alborotar. El otro sacó una pistola, pero pude sacudirle con un taburete y, cuando cayó, le acerté en la cara con una patada de mis buenos tiempos universitarios. Es el que está en el coche.

—Sigue. Ni siquiera en tus relatos logras superarte...

—Sí, bueno; saqué a la muchacha de aquí rápidamente, antes de que cualquiera de ellos volviera en sí. Me dijo que la perseguían desde hacía horas, y eso fue todo.

—¿Cómo que fue todo? No me dirás que la chica se largó sin más, sin darte las gracias siquiera.

—Me dio las gracias, por supuesto. Incluso..., me besó en señal de agradecimiento. Luego se esfumó, y eso es todo, sólo que estos tipos deben haber pensado que yo podría conducirles hasta la chica, y ahí están.

Jimmy le contemplaba, asombrado, porque no alcanzaba a comprender por qué Nolan tergiversaba el asunto, tratándose de un policía.

El teniente tampoco parecía convencido.

—Eso no tiene pies ni cabeza. Arriesgaste la cabeza por una desconocida, que ni siquiera te dijo por qué la perseguían. Suponiendo que todo ese cuento se aproxime más o menos a la realidad. ¿Pretendes que te crea?

Mark suspiró resignadamente.

—Mira, todo lo que te pido es que vayas al coche e identifiques a esos tipos. Eso quizá nos aclare quiénes son.

—No lo comprendo, palabra.

—¿Qué necesitas para convencerte, tener mi cadáver entre manos?

—Hombre, ésa es toda una idea. Entonces, tendría algo sólido con que trabajar.

El escritor le, miró, escandalizado, ofendido, al parecer, en lo más profundo de su amor propio.

—Peter —dijo con reproche—, los años que llevas en la policía te han encallecido las entendederas... Voy a salir, y te convencerás.

—Lo dudo. Hay algo en todo esto que me desconcierta... algo que te guardas en la manga...

Sin replicar, Nolan se dirigió a la salida, convencido de que el teniente le pararía, antes de que pudiera salir.

Sólo que el policía mantuvo cerrada la boca.

Mark abrió la puerta, y ladeó la cabeza. Peter Nichols le contemplaba con una mirada burlona.

De modo que no le quedó otro remedio que salir a la acera.

Apenas apareció, vio abrirse la portezuela trasera del soberbio «Cadillac» negro, y un tipo alto y sólido como una montaña se apeó.

No lo había visto nunca, pero por la ventanilla pudo distinguir al que llevaba varios parches adhesivos en la cara. No le cupo duda alguna; era el individuo que recibiera el tremendo golpe con el taburete, la noche anterior.

El hombre que se había apeado, estaba atravesando la calle, cuando oyó abrirse la puerta a sus espaldas. Peter Nichols pasó por su lado como si no le conociera, dirigiéndose a su auto.

Estuvo a punto de llamarle, pero en el último instante se contuvo, seguro de que el policía había salido para interceptar al pistolero.

El hombre grande llegó a la acera, y hundió la mano en un bolsillo. El corazón le dio un vuelvo a Nolan, pero en lugar de sacar un arma, el tipo extrajo un cigarrillo y lo mostró en un gesto natural.

—¿Tiene lumbre, por favor? —pidió.

Tenía una voz ronca, baja y desagradable.

Nolan asintió con un gesto.

Estaba buscando las cerillas cuando, también de modo natural, el hombre grande volvió a hundir la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta.

Era un bolsillo condenadamente abultado.

Entonces, tras él, el teniente enarboló un revólver de cañón corto y, de un salto, estuvo pegado al pistolero.

—¡Esa mano quieta, bribón! —Gruñó.

El tipo se puso rígido.

Al otro lado de la calle, el motor del coche roncó, al ser

acelerado bruscamente.

Nolan dijo:

—Ya lo oyó, camarada... Saque esa mano vacía, si quiere conservar la piel intacta.

—Deben haberse vuelto locos —refunfuñó el desconocido—. ¿De qué se trata, un atraco?

—Y por un sistema nuevo —rió Mark.

Nichols repitió:

—¡Fuera esa mano o disparo!

El hombre obedeció al fin, y sacó la mano vacía. Empezó a levantar las dos, muy despacio.

Nichols introdujo la suya en aquel bolsillo y, cuando la sacó, empuñaba una pesada y fea automática.

—Un buen encendedor, amigo —comentó con sorna—. Veremos si sus camaradas están equipados con esas herramientas...

Nolan, gritó, interrumpiéndole:

—¡Cuidado. Peter!

Instintivamente, el teniente se arrojó sobre el hombre grande, golpeándole con la pistola. En la calzada, el «Cadillac» zumbó al apartarse de la acera, y una arma tronó desde él. La bala rebotó en la pared, por encima de la cabeza del escritor.

Nolan se zambulló en el aire cuando le disparaban por segunda vez, y de nuevo la bala aulló, al rebotar contra la pared.

El pistolero se revolvió en el suelo, y descargó un puntapié a Nichols, que le apartó dando vueltas. Al instante estuvo de pie y corriendo como un gamo en pos del coche, que adquiría velocidad.

Nunca lo alcanzó.

Desde la ventanilla, la pistola retumbó dos o tres veces consecutivas. Nolan vio al hombre grande detenerse, trastabillar bajo el empuje de los proyectiles, y desplomarse al fin cuando ya el coche doblaba la esquina, y la calle se había convertido en un manicomio de gritos histéricos y carreras de gentes aterrorizadas.

Maldiciendo a gritos, Nichols se incorporó. Las costillas le dolían endiabladamente a causa del puntapié, pero apenas si notaba el dolor, bajo el influjo de la cólera que le dominaba.

—¡Encaparon! —rugió—. ¡Malditos matarifes del demonio...!

—¡Se cargaron a su compinche...!

—Es su vieja táctica. No dejar atrás a nadie que pueda hablar...

Un silbato se acercaba. Otro comenzó a responderle desde el otro extremo de la calle, y pronto convergieron varios guardias de uniforme. Nichols se identificó, ordenándoles que mantuvieran apartados a los curiosos.

Tras esto, se inclinó sobre el cadáver, y le registró los bolsillos.

Cuando se incorporó, había una expresión torva en su rostro.

—No lleva nada encima..., ni tan siquiera tabaco. Buenos profesionales, sí señor.

Mark sacudió sus ropas a manotazos.

—¿Te has convencido, cabeza dura? Venían por mí.

—Entra en el bar, y espérame allí —gruñó el policía—. Este asunto va a traer cola.

—No me dices nada que yo no sepa.

Regresó al mostrador. Estaba pálido y excitado.

—Ahora creo que necesito algo sólido con que entonarme, Jimmy. Por ejemplo, un *whisky* doble, ¿sí?

—Creo que... este... que yo también lo necesito.

Preparó dos grandes vasos, y ambos brindaron en silencio.

Luego, el barman comentó:

—Esos tipos no se andan por las ramas, señor Nolan...

—Ya lo he notado —gruñó Mark, sombrío.

—Oiga, ¿por qué no le ha contado la verdad a ese policía?

—Porque hay cosas que uno debe reservarse para tener siempre una vía de escape, si es que puedes entenderlo.

—Pues no lo entiendo, señor Nolan.

—Ni falta que te hace.

Se fue hacia la puerta. Habían llegado más policías, y se oían sirenas de los coches patrullas.

El teniente Nichols parecía muy ocupado, allá fuera. Fastidiado, Mark Nolan se llevó el vaso a una mesa, y se dispuso a esperar.

A pesar de todo, aún le temblaban las piernas.

CAPÍTULO IV

Mark Nolan entró en el despacho del doctor Shelley cuando el médico se disponía a retirarse. Era la una del mediodía, y el sol estallaba a través del gran ventanal.

Shelley exclamó, al verle:

—Estuve llamándote toda la mañana.

—Ya lo imaginaba. Por eso preferí venir. ¿Cómo está la muchacha?

—Hasta ahora, no ha evolucionado en ningún sentido, pero estamos trabajando de firme. Ella se encuentra perfectamente bien en su aspecto físico, pero su mente continúa cerrada.

—¿Puedo verla?

—Más tarde, cuando mis colegas terminen la sesión con ella. ¿Dónde diablo estuviste toda la mañana?

—Esquivando tiros.

—¿Qué?

—Tiros. Ya sabes lo que es eso, supongo. La han tomado conmigo. Por poco, no me agujerearon la cabeza.

—No comprendo nada. ¿Quiénes tratan de matarte?

—Los mismos individuos que quería apoderarse de la chica, y que continuaban buscándola. Deben haber decidido que yo sé dónde está y han enfocado su atención sobre mí.

Le contó, a grandes rasgos, lo sucedido en el bar de Jimmy, y concluyó:

—Tuve una sesión tormentosa con la policía, después del tiroteo. Nichols estaba emperrado en que yo sabía más de este asunto de lo que contaba. Me marearon durante dos horas, él y sus colegas, que llegaron al lugar del ataque, poco después. Afortunadamente, pude convencerles de lo contrario.

—No me explico por qué te niegas a decirles la verdad. Esa chica debería estar en manos de la policía, Mark. Los análisis demuestran

que las manchas eran de sangre humana. Y después de un examen exhaustivo, hemos comprobado que ella no sangró en absoluto, de modo que esa sangre pertenecía a otra persona.

—Dé momento, está bien aquí hasta que recobre la memoria.

—Quisiera que comprendieras la responsabilidad que contraes, Mark. ¿O te has encaprichado de ella?

—No seas bruto. Para mis caprichos, como tú los llamas, tengo una larga serie de números telefónicos en mi agenda.

—Entonces, no me explico por qué corres semejante riesgo...

—Porque es una situación límite, si quieres entenderlo. Una sirena perdida que necesita ayuda, y yo voy a prestársela porque, por primera vez en mi vida, se me ofrece la oportunidad, de vivir personalmente una de las aventuras que yo suelo escribir.

—No cabe duda de que algo no funciona como es debido en tu cabeza, pero, después de todo, es tu pellejo el que arriesgas, así que adelante.

El doctor cambió su elegante chaqueta blanca por otra de calle y, dirigiéndose a la puerta, gruñó:

—Vamos a ver a tu protegida. Oye, ¿se te ha ocurrido pensar que puede existir un marido de ella en alguna parte, seguramente desesperado, buscándola?

—Lo he pensado.

El médico le miró especulativamente. Acabó encogiéndose de hombros, y saliendo del despacho, seguido por el escritor.

La muchacha disponía de una alegre habitación, cuya ventana se abría sobre el gran jardín de la clínica. Después de haber descansado, su aspecto era aún más sugestivo, con una belleza serena y majestuosa, que de nuevo dejó mudo a Nolan, durante un tiempo.

Shelley dijo:

—Espero que no la hayan atormentado demasiado mis ayudantes, señorita.

—Han sido todos muy amables conmigo... aunque no hayan podido asoldarme.

—Lo harán, es sólo cuestión de tiempo.

Ella estaba mirando a Mark, y una leve sonrisa aleteaba en sus labios.

—¿También usted ha venido para ayudarme a recobrar la

memoria, Nolan? —Vine para verla. No he dejado de pensar en usted, todo este tiempo. ¿Sabe que aquellos monos de anoche siguen buscándola por toda la ciudad?

Ella acusó un sobresalto.

—¿Está seguro?

—Tengo pruebas... contundentes, para decirlo de algún modo. Eso demuestra que, sea lo que sea lo que hay detrás de este misterio, es sumamente importante.

—Si pudiera recordar...

Shelley gruñó algo entre dientes, y luego se dirigió a la puerta.

—He de disponer el trabajo para la tarde. Disculpenme... Vendré a buscarte cuando me vaya, Mark.

Salió y cerró a sus espaldas.

Mark se dejó caer en una silla, frente a la joven, y se extasió con tanta belleza.

—¿La tratan bien? —murmuró, por decir algo.

—Mucho... Tuve una gran suerte, al encontrarle a usted anoche.

—Tonterías. Cualquiera hubiera hecho lo mismo que yo.

—Ya sabe que eso no es cierto. De cada mil hombres, tal vez uno habría reaccionado como lo hizo usted. Nunca se lo agradeceré bastante.

—No piense en eso. Debe concentrar todos sus esfuerzos en pensar en su pasado, en quién es usted, para superar esta situación en que se encuentra.

—Lo intento con todas mis fuerzas... pero es inútil. Los médicos han dicho que, con toda seguridad, mi estado no es debido a un golpe, a pesar de que recibí uno. Dicen que se trata de una amnesia psicológica, de autodefensa... aunque no entiendo bien lo que eso quiere decir. Nolan... ¿Cree usted que cometí un crimen, antes de que usted me encontrara?

—No lo sé, ni me importa. Estaré a su lado, pase lo que pase.

—¿Por qué?

El enarcó las cejas.

—Digamos que soy un tipo cabezota, linda.

—No lo comprendo. Arriesgó su vida, anoche. Y me proporcionó este refugio, esta esperanza de recobrar la memoria. Y si esos hombres horribles siguen buscándome, igual le buscarán a usted...

—Yo sé defenderme, pequeña. Usted, no.

—Nolan...

Se interrumpió, ante la intensa mirada de él. Su bellissimo rostro expresó una extraña ansiedad cuando, al cabo de unos instantes, preguntó:

—Nolan... ¿Se ha enamorado de mí?

—Bien pudiera ser, aunque es imposible asegurarlo, en tan poco tiempo.

—¿Y si después... si después resulta que estoy casada... o que es cierto que mató a alguien...?

—En el primer caso, me retiraré por el escotillón. Eh el segundo, lucharé a su lado.

¿Está bien así?

—Debe estar usted un poco loco, Nolan.

—Si no lo estuviera, no sería escritor de relatos de misterio.

—No bromea. Es usted el mejor hombre que conocí jamás, suponiendo que conociera a muchos antes de... de que me sucediera esa cosa terrible.

—No quiero pensar en eso. No estaría bien que empezara a sentir celos, ¿no cree?

—Ya sabe lo que quiero decir. Los médicos han determinado que las manchas eran de sangre humana...

—No se torture por eso. Pueden haber sucedido un millón de cosas, sin necesidad de matar a nadie. Pudo mancharse en un accidente, o por ayudar a un herido... No podremos saberlo hasta tanto no recobre la memoria, así que es inútil que se preocupe por anticipado.

Unos golpes discretos en la puerta, acabaron con la conversación.

El médico entró, murmuró algo destinado a la muchacha, y dijo:

—En cuanto a ti, la visita terminó, Mark. Ella necesita reposo.

—De acuerdo, matasanos. Volveré en cuanto pueda, linda.

Estrechó las manos de la muchacha, le sonrió alentadoramente, y salió tras el doctor.

Cuando éste hubo cerrado la puerta, Mark gruñó:

—Bueno, ¿qué pasa? Tienes cara de funeral...

—Han dado una noticia por radio, que me preocupa. Las enfermeras la oyeron, en su cuarto de descanso. Un crimen, particularmente horrible, Mark.

Éste contuvo el aliento.

—¿Qué crimen? Los periódicos no mencionaban nada semejante, esta mañana.

—Deben haberlo descubierto después de cerrar las ediciones. Pero, según las noticias radiofónicas, fue cometido ayer, a primeras horas de la noche.

—Bueno, de todos modos, no veo ninguna necesidad de perder las riendas por eso. Todos los días se cometen crímenes, en esta maldita ciudad.

—Pero no se encuentra uno a una mujer manchada de sangre, y con una amnesia tan completa... una amnesia puramente defensiva, Mark. Ella vivió una experiencia tan horrible, que los resortes de su subconsciente se dispararon, aislándola de la realidad.

Un crimen como ese de la radio pudo ser la causa de ese disparo. Trataré de averiguar algo, sobre ese crimen.

Salieron de la clínica en silencio, profundamente preocupados, aunque cada uno por motivos distintos, en sus raíces.

—¿Has venido en coche? —dijo Shelley, deteniéndose junto a su auto.

—Sí. Lo dejé fuera, junto a la verja.

—Entonces, adiós. Y no dejes de informarme, si averiguas algo relacionado con mi paciente.

—Descuida, lo haré.

El médico partió y él anduvo cabizbajo hasta el amplio paseo sombreado por los enormes álamos, respetados milagrosamente cuando se construyó ese distrito residencial, en la falda de la colina.

Condujo su «Mustang» rojo hacia el centro y, durante el trayecto, tomó una determinación.

El teniente Nichols dio un salto, y la cólera casi le impidió hablar en el primer instante.

Luego, recobró la voz y rugió:

—¡Tú, condenado embrollón! Tomaste la matrícula, y no lo dices hasta ahora...

¡Debería meterte entre rejas por obstrucción a...!

—Para, viejo.

—¿Qué esperabas, averiguar por tu cuenta a quién pertenecía el «Cadillac», y organizar un combate que te diera una publicidad

gratuita? Claro, debí imaginarlo antes... Ya veo los titulares: *Escritorzuelo de segunda fila, vive una de sus propias aventuras.*

—Te apuesto a que ningún periodista encabezaría así un artículo. Además, no soy un escritorzuelo de segunda fila, y tú lo sabes.

—¡Trae ese condenado papel!

Le arrebató de la mano la hoja de papel, y dio un vistazo a las cifras anotadas en ella.

Descolgó el teléfono de un zarpazo, y habló nuevamente con alguien. Luego colgó con tanta violencia como si quisiera romper el auricular.

—Si has terminado de ladrarme, quizá pudiera preguntar al Departamento de Personas Desaparecidas si hay alguna denuncia por desaparición de una muchacha como lo que provocó todo esto anoche...

—¿Y qué si la hubiera? No sabes ni su nombre.

—Pero podría reconocerla si quien presentó la denuncia dejó alguna fotografía.

Incluso con una descripción, si estuviera bien detallada, sería suficiente.

El policía le observó unos instantes especulativamente.

—Continúo preguntándome a qué obedece tanto interés por tu parte, en todo este maldito asunto.

—¿Olvidas que es mi pellejo el que estuvo en juego, y que tal vez aún lo esté?

—Si sólo fuera ése el motivo, te preocuparías de proteger justamente tu pellejo, pero todo tu interés se centra hacia esa mujer a la que, según tú, sólo viste unos minutos.

Mark suspiró.

—Pretendo ayudar y... Bueno, no lo comprenderías en todos los días de tu vida. ¿Vas a preguntar eso al Departamento de Desaparecidos, sí o no?

—Claro que lo preguntaré. Yo también estoy muy intrigado por esa extraña mujer, que apareció y desapareció como un fuego fatuo. Y más, ahora que hemos identificado al tipo que mataron desde el coche.

Nolan enarcó las cejas.

—¿Quién era?

—Se llamaba Freddie Baxter. Era un exdetective privado, que trabajó para la Mundial Security. Actualmente, estaba empleado en la organización de David Strickland.

—¿Strickland?

—Ajá.

—¿El traficante de armas?

—Si te oyera definirlo así, seguramente te demandaría por difamación. Es un honesto industrial, que paga sus impuestos religiosamente.

—Déjate de historias. Strickland es uno de los traficantes de armas más importantes del mundo. ¿En calidad de qué tenía empleado a ese Baxter?

—No lo sé aún.

—Bueno, será interesante saber qué tiene que decir sobre todo lo sucedido con esos pistoleros.

—Antes, habrá que obtener audiencia para interrogarle. Nadie llega hasta ese individuo, sin haberlo solicitado por conducto reglamentario.

—Entiendo.

—No creo que lo entiendas. Tal vez sus inicios fueran como vulgar traficante de armas, pero en la actualidad es una potencia internacional. Strickland está detrás de poderosas industrias pesadas, astilleros, navieras, pozos petrolíferos y minería en multitud de países. No, amigo, no es fácil llegar hasta él. Eso, suponiendo que en estos días esté en Los Angeles, que ya es mucho suponer, porque viaja continuamente.

—Un hueso duro para los dientes de un pobre polizonte.

Nichols le miró, con el ceño fruncido.

—No sólo para un policía, sino para cualquiera.

—Veremos. Tal vez me decida a hacerle un par de preguntas, y, si lo hago, te aseguro que nadie me cerrará el paso.

El policía se echó a reír.

—Me gustaría que lo intentaras, Mark, de veras que me gustaría. Tendría el placer de ver que alguien te saltaba los dientes de un guantazo, porque la guardia personal de esta clase de individuos no suele andarse por las ramas, a la hora de espantar moscardones molestos.

—Entre esa guardia personal, debía encontrarse el tal Baxter.

¿No te parece?

—Pudiera ser.

Entonces, tienes una razón excelente para calentarle las orejas al gran tipo.

—No tengo nada de nada. El puede jurar que no sabía lo que su empleado hacía, en sus horas libres. Y posiblemente, fuera cierto. En la actualidad, no tiene por qué ensuciarse las manos. Está demasiado arriba, tiene demasiado dinero y demasiado poder.

Sonó el teléfono. Mientras el teniente lo descolgaba, Nolan comentó:

—Sería una gran cosa que el «Cadillac» negro también perteneciera a Strickland...

—¡Hable! —Gruñó el policía por el aparato.

Escuchó unos instantes, dio un par de gruñidos de asentimiento y colgó sin dar las gracias.

—Pues le pertenece —dijo, sombrío.

Nolan casi se levantó de un brinco.

—¡De modo que el coche era del gran lagarto! —cacareó—. Y el pistolero que venía a cazarme a mí, estaba en sus nóminas... Ahora es cuando el señor Strickland me interesa profundamente, Peter.

—Mi interés por él no es menor que el tuyo, pero conozco mis limitaciones. No tengo muchas esperanzas de que pueda llegar hasta el mismo Strickland en persona. Seguramente, tropezaré con un centenar de ejecutivos estirados, que formarán una pantalla protectora, y tendrán una versión de los hechos completamente satisfactoria...

—Tal vez te equivoques. Ocúpate ahora del Departamento de Personas Desaparecidas, ¿sí?

El teniente Nichols se levantó pesadamente.

—Vamos, esa gestión podemos efectuarla en unos minutos.

Fueron muy pocos minutos. No se necesitaban más para averiguar que nadie había presentado ninguna demanda, buscando a una mujer que respondiera a la descripción de la bella desconocida.

Hasta ese momento, era como si sólo los pistoleros tuvieran interés en localizarla...

CAPÍTULO V

Nolan empleó la tarde en realizar averiguaciones sobre el inaccesible David Strickland. Visitó bibliotecas, archivos de periódicos, redacciones donde tenía amigos y conocidos, y reunió una apreciable cantidad de material.

Entrada la noche, estacionó el «Mustang» frente a una boca de agua, y caminó hacia el bar de Jimmy. Estaba impaciente por saber si durante el día había visto a los esbirros del difunto Baxter merodear de nuevo cerca del establecimiento.

Antes de llegar al bar, advirtió los primeros síntomas del desastre.

Había grupos de gente detenidos en la acera, comentando entre ellos excitadamente. Cuando estuvo más cerca, vio la puerta reventada y, amontonados a un lado, la mayor parte de utensilios del establecimiento.

Dos policías montaban guardia, frente al destrozado bar.

Nolan se detuvo allí, estupefacto.

—¿Qué diablos pasó? —preguntó a uno de los policías de uniforme.

—Una bomba. ¿Era usted cliente de este bar?

—Solía frecuentarlo... ¿Qué le pasó al dueño?

—Por lo poco que se sabe, parece que se lo llevaron los mismos que colocaron el explosivo. En todo caso, no estaba dentro cuando estalló; de lo contrario, habríamos encontrado los pedazos estampados en las paredes. La bomba hundió hasta la techumbre, no le digo más.

Anonadado, Mark se alejó, sin formular más preguntas. NO quería llamar la atención.

Pensó en Jimmy y en todo lo sucedido. Una ira sorda se apoderó de él, una oleada de cólera, que nubló todo otro sentimiento. No era difícil imaginar para qué se habían apoderado del barman, y

destrozado su bar...

Caminó sin rumbo un buen trecho hasta que recordó el coche, y volvió atrás.

Este último ataque era la demostración de que, fuera cual fuese el motivo de la implacable persecución, era lo suficientemente importante y trascendental para declarar una guerra absoluta, con las más bajas artes.

No dudaba de que habrían obligado al pobre barman a delatarle, a revelarles la identidad del hombre que había salido en defensa de la muchacha desconocida. Lo que sucediera después con Jimmy tampoco era difícil adivinarlo; los muertos no hablan.

Sacó el coche de la acera, y condujo despacio hasta detenerse, diez minutos más tarde, en una plazoleta lo bastante alejada de su propio domicilio como para que nadie pudiera ver el vehículo e identificarlo, si también habían averiguado ese detalle.

Tras esto, se dirigió a las inmediaciones del edificio donde tenía el apartamento.

Protegiéndose en las sombras, pasó por el otro lado de la calle, intentando distinguir la presencia de posibles espías, pero si los había estaban perfectamente disimulados.

Al fin entró en una cabina telefónica, y llamó a la conserjería.

Identificó la voz del empleado nocturno, antes de decir:

—Soy Mark Nolan. ¿Sabe si ha venido alguien preguntando por mí?

Ciertamente, señor Nolan. Hay una nota de mi compañero, diciendo que estuvieron aquí dos hombres, a última hora de la tarde. Querían verle, y preguntaron cuál era su apartamento y su número de teléfono. Se fueron muy contrariados, cuando no le encontraron aquí.

—Ya imagino que se contrariarían... ¿No volvieron después?

—Que yo sepa, no señor.

—Ya veo. Gracias.

Colgó.

De modo que ya lo sabían. Jimmy había hablado, y no era extraño que lo hiciera. Encendió un cigarrillo, y reflexionó largamente.

Había iniciado todo el complicado embrollo casi por inercia, como quien empieza una jugada de póquer sólo para seguir el

juego, y luego se encuentra, en el descarte, con que liga un póquer de ases. Ya no había manera de detenerse.

Caminó con cautela de regreso al enorme edificio, torció la esquina y llegó a la fachada posterior, que se alzaba sobre una callejuela estrecha y oscura.

Colándose por la puerta de servicio, recorrió en silencio el largo pasillo hasta los montacargas. Pero no utilizó ninguno de los aparatos, sino que eligió las estrechas escaleras que casi en espiral se elevaban alrededor de las jaulas del montacargas principal hasta el piso inmediatamente inferior al suyo.

Jadeaba como un fuelle cuando llegó arriba. Se tomó unos minutos para recuperar el resuello, y luego prosiguió silenciosamente hacia el final de los interminables escalones.

Volvió a detenerse en el reducido cubículo que servía de remate a las escaleras de servicio. De ahí en adelante, para encaramarse a la azotea del edificio, era preciso subir por unos peldaños de hierro adosados a la pared.

Empujó la puerta una pulgada para atisbar el pasillo donde se abrían las puertas de los dos áticos. Ambas estaban cerradas, y no había nadie en todo lo que alcanzaba la vista.

Sonrió para sí, y silencioso como un gato, se deslizó hasta la puerta de su vecino, a la que llamó suavemente, con tanta cautela que temió no ser oído por el inquilino.

Pero la puerta se abrió unos instantes después. Nolan esbozó un gesto, indicando silencio, y se coló dentro, cerrando apresuradamente.

El vecino era un cotizado dibujante e ilustrador de revistas. Joven y tan desordenado como el mismo Nolan, ambos se conocían y habían llegado a intimar bastante.

—¿A qué viene tanto misterio? —sonrió el artista—. ¿Tienes otro de tus líos, con dos mujeres a la vez?

—Ojalá fuera eso. A las mujeres sé cómo manejarlas. A los pistoleros, no.

—¿Pistoleros? Oye, camarada, ¿qué demonios has bebido?

—Utilizando una frase de novela, te diré que no he bebido una gota, pero que es muy probable que me hagan beber plomo ardiente. Y eso resulta indigesto.

—No cabe duda... Estás borracho.

—¡Qué más quisiera yo! Mira, apaga todas las luces, de momento. Quiero salir a la terraza, sin llamar la atención.

El dibujante se quedó boquiabierto.

—¿Llamar la atención de quién, en estas alturas? —masculló, desconcertado—. Cómo no sea a alguien que esté espiando desde un helicóptero, ya me dirás tú...

—Deben estar en mi apartamento, ¿es que no comprendes? Tengo a una pandilla de pistoleros tratando de cazarme.

—¡Cristo! ¿Hablas en serlo?

—En mi vida hablé más seriamente. Quiero averiguar si están en el apartamento o no.

—Bueno, esto se pone interesante.

—No te entusiasmes, Preston, no se trata de ningún juego de sociedad. Ya intentaron cazarme a tiros, y han dinamitado un bar y... Pero ya te lo contaré en otra ocasión. Ahora, ¿quieres apagar las luces, de una condenada vez?

—¡Ya lo creo!

Cuando estuvieron sumidos en tinieblas, Nolan salió a la gran terraza. Había un muro, coronado de seto, separándola de la suya propia, y asomando los ojos por encima, atisbo con cautela.

Su apartamento estaba oscuro. Por lo menos, la parte de él que distinguía desde allí.

Volvió atrás, en silencio.

—Vas a hacer una cosa, Preston —susurró.

—Ajá, cuenta conmigo.

—Si crees que vas a divertirte, olvídalo. Esa gente suelen jugar a tiro limpio, y te aseguro que no es nada divertido.

—Bueno, ¿qué quieres que haga?

—Cuando yo vuelva a estar apostado junto al muro de separación, llamas a mi propio teléfono. Si esos monos están dentro, esperándome, el timbre del teléfono les distraerá. ¿Comprendes?

—Perfectamente, pero no veo para qué... ¡Cuernos! ¿Pretendes colarte por la terraza?

—Ni más ni menos.

—¿Aun si ellos están dentro, esperándote?

—Intentaré sorprenderlos, aunque estaría más tranquilo si dispusiera de un revólver. Oye, tú no tendrás alguno, supongo.

—¿Quién te crees que soy, un guerrillero sudamericano? La

única arma de que dispongo es mi bate de los tiempos universitarios. Lo guardé como recuerdo. —Yo jugué al *rugby*... Oye, ese palo puede servirme. Si uno lo maneja bien, puede desnucar un buey.

—Te lo prestaré.

Cuando lo tuvo en las manos, Nolan lo balanceó apreciativamente. El largo y pesado bate, en un caso de apuro, era capaz de aplastar algo mucho más duro que el cráneo de un pistolero.

—Ya puedes marcar mi número. Después, rézales a todos los santos de que tengas noticia...

Se apostó, pegado al muro de separación, en la terraza, y aguardó.

De pronto, el timbre del teléfono sonó en su apartamento. Instantáneamente, oyó una breve exclamación, y un mueble rascó el suelo, seguramente una butaca.

De modo que estaban allí.

Como buitres al acecho.

Mientras el timbre seguía escandalizando, sin que nadie se decidiera a descolgar el auricular, Mark saltó el muro y se agazapó en su propia terraza, con el palo firmemente empuñado.

La cristalera estaba abierta de par en par, como él acostumbraba a dejarla. Era una noche calurosa, y los asaltantes no la habían cerrado.

El timbre continuaba, tenaz, escandalizando el interior.

Al fin, una voz susurrante gruñó:

—¿Qué te parece, descolgamos y me hago pasar por el emborronacuartillas?

—Déjalo, ya se cansarán.

El dibujante aún tardó casi un minuto en cansarse. En ese tiempo, Nolan se deslizó al interior, casi pegado al suelo porque, gracias a las voces, ahora sabía dónde estaba cada uno de los dos hombres.

Repentinamente, oyó a uno decir, con voz apenas audible:

—¿Tú crees que vendrá?

—Seguro..., a menos que decida pasar la noche en un hotel.

—Me muero por fumar. ¿Tú crees...?

—Olvidalo. El aroma del tabaco podría delatarnos, cuando ese

tipejo abra la puerta.

—¡Maldito sea! ¿Por qué tarda tanto?

—Cierra el pico. Estás más nervioso que un gato.

—Me crispa esperar en tinieblas.

Nolan, pegado a la alfombra, llegó a un paso del lugar donde sonaban las voces. Los dos pistoleros estaban sentados en sendas butacas, de cara a la puerta, de modo que le daban la espalda.

Irguiéndose un poco, comprobó que el respaldo de los butacones cubría las cabezas de ambos hombres. Eso era un inconveniente para sacudirles con el pesado palo.

Estaba buscando la manera de atacarles sin arriesgar demasiado la cabeza, cuando oyó a uno de ellos comentar:

—Lo que a mí me fastidia es tener que perder el tiempo con un pichón de esta clase.

Te apuesto que es tan blando que ni siquiera nos dará tiempo a divertirnos un poco.

—Así resulta más fácil.

Sus voces eran apenas un susurro.

Pero era suficiente para que Nolan oyera claramente las palabras.

—Más rápido, sí, pero a mí me divierte más hacer tiras a un tipo..., oírle chillar y verle descomponerse poco a poco. Es un goce increíble ver el terror que sienten... bajo mis manos.

—Tú eres una bestia, eso es lo que eres.

—¿Quieres que te salte los dientes?

—Inténtalo, y verás lo que pasa.

Sonó una apagada risita. Mark Nolan sintió que se le erizaban los cabellos.

Al fin, se orientó en la oscuridad, calculando con exactitud la posición de la butaca más próxima adonde se encontraba. La posición de la butaca correspondía a la voz del sádico.

Se levantó con infinitesimal lentitud. Tenso como un cable de acero, le dolían los músculos por la prolongada tensión.

Levantó el pesado bate de madera, y gruñó:

—A mí no me oirás chillar, hijo de perra.

Sonó una doble exclamación. De la butaca emergió la borrosa imagen de un hombre, al levantarse de un brinco.

Nolan descargó un tremendo batacazo contra aquella imprecisa

cabeza. Sonó un raído espeluznante, de algo que se quiebra con violencia, y el pistolero dejó escapar un largo alarido.

El otro rodeó la butaca, empuñando un arma. Nolan se revolvió en redondo, volteando el bate.

Sólo que ahora el otro estaba en acción, y esquivó con un ágil quiebro.

Pero no sólo esquivó, sino que apretó el gatillo. El arma provocó un sordo «plop», apagado y letal. La bala acertó a algún objeto de cristal, que se hizo añicos con estrépito.

Nolan sintió que la situación escapaba a su control. Ahora, el tipo estaba fuera del alcance del bate, y forzosamente iba a disparar otra vez.

Desesperado, inició un rápido molinete con el pesado palo y, de pronto, lo soltó con todo su empuje.

Oyó un golpe y un quejido, y otro sordo estampido del arma, y luego el pistolero se derrumbó, sin una queja más.

Frenético, Mark se tiró al suelo, tanteando desesperadamente con las manos.

Al fin, sus dedos se cerraron sobre la gran culata de la pistola. Era muy pesada, y le dio una enorme seguridad empuñarla.

Tras esto, encendió las luces y gritó:

—¡Preston!

Por la terraza apareció el dibujante, que se quedó helado, al ver los dos cuerpos esparciendo sangre sobre la alfombra.

—¿Cómo diablos...? —balbuceó.

—Tuve suerte de que fueran un par de charlatanes.

—¡Cuernos, qué pistolón! Y vaya silenciador que lleva...

—El otro debe estar armado, también. A juzgar por lo que escuché, era el especialista en hacer hablar a la gente. Le gustaba hacer tiras a sus víctimas.

El dibujante se había arrodillado al lado del aludido. Cuando levantó la cabeza, estaba lívido, y barbotó:

—Como no llames pronto a un médico, no podrá hacer tiras a nadie nunca más. El tipo está en las últimas.

Mark dio un respingo.

—¿Quieres decir que se muere?

—Es un milagro que aún esté vivo. ¿No te das cuenta de cómo le dejaste la cabeza, hombre?

Nolan rodeó la butaca, y examinó, por primera vez, al sádico.

Lo que vio le revolvió el estómago.

—Le golpeé con demasiada fuerza...

—Pues el otro tampoco tiene mejor aspecto. Le diste en plena cara, y lo que queda de ella no es nada agradable de ver, que digamos... Yo llamaré al hospital. Puedes preparar algo de beber, entretanto.

—Te juro que no quería cascarles tan fuerte... Necesito que hablen para librarme de esta pesadilla. Si se mueren, no me sirven de nada.

—Te servirán para que la policía te meta entre rejas, mientras aclaran el lío. ¿Qué me dices de ese trago?

El dibujante marcó un número y esperó.

Sintiendo un nudo en la garganta, Nolan vertió una enorme cantidad de *whisky* en dos vasos, y vació uno antes de que su compañero terminara de hablar por teléfono.

Volvió a llenarlo. Preston anunció:

—Mandan una ambulancia. Ahora, deberías llamar a la policía o te verás metido en un embrollo de todos los demonios.

—Claro, claro... Habrá que oír al teniente, cuando se entere de esto.

—¿Qué teniente?

—Peter Nichols, de la Brigada Secreta.

—¿Un mal sujeto?

—Al contrario, muy bueno como polizonte. Pero no tiene sentido del humor.

Preston tragó una gran dosis de licor, tratando de comprender dónde estaba el chiste.

Después dijo:

—Frente a esta cantidad de sangre y huesos pulverizados, sería un auténtico fenómeno, si ese fulano tuviera sentido del humor.

—Me parece que tú también careces de él.

—Tienes razón. En estos momentos, y con todo eso esparcido por el suelo, mi ánimo es más apropiado para presidir un funeral que para hacer chistes.

Con voz lúgubre, Nolan gruñó:

—Esperemos que el funeral no sea el mío.

Sin ninguna duda, él también había perdido su sentido del

humor...

CAPÍTULO VI

No dejó de sorprender a Nolan el hecho de que el teniente se tomara las cosas con extraordinaria calma.

Sólo dejó oír una sarta de juramentos, cuando vio a los dos estropeados asaltantes en las camillas, camino de la ambulancia.

Luego pareció calmarse, y si bien no mostró ni un atisbo de humor, tampoco hizo gala de su proverbial iracundia.

—De modo —dijo—, que te colaste por la terraza y lograste sorprenderlos...

—Eso fue lo que hice. Mi vecino puede atestiguarlo.

—Y sabiendo que estaban aquí, esperándote, no te pasó por la imaginación, esa generosa imaginación que posees, llamarnos a nosotros para echarles el guante...

—Mira, Peter, esos tipos no se habrían entregado pacíficamente. Por otra parte, cuando te llamé la última vez, hube de exponer el pellejo para que me creyeras. Así que para jugármelo de todos modos, lo haré a mi aire.

—Aplastando cabezas.

—Ahí me pasé de rosca. No quería sacudirles tan fuerte. Necesitaba hacerles hablar.

—Ahora tendrás que escucharles en el infierno. Dudo de que ninguno de los dos pueda volver a hablar, siquiera, aunque salven el pellejo. Deben tener la mitad del cráneo hecho astillas e incrustado en el cerebro. Amiguito, no quisiera estar en tu pellejo, si esos dos tipos revientan en el hospital.

—Si pretendes asustarme, ahórrate el trabajo, teniente. Te aseguro que ya lo estoy.

Nichols sonrió sin humor y, volviéndose hacia Preston que estaba preparándose su cuarto vaso de la noche, dijo:

—Supongo que usted estará dispuesto a atestiguar que todo lo que Nolan dice es cierto.

—No sólo eso, teniente. Lo juraré donde haga falta.

—Claro, claro... Cuídate, Mark. Ahora ya saben quién eres. No renunciarán fácilmente a lo que sea que quieren.

—¿Te preguntaste cómo lograron identificarme tan pronto?

—El barman, sin duda. Leí, en el teletipo, lo que sucedió con el bar de Jimmy.

—¿Crees que le matarán?

—Quizá ya lo hayan hecho. Sólo lo querían para hacerle confesar que les había mentido la primera vez, y que te conocía perfectamente.

—Ya... Entonces, ya no lamento que esos dos tipos revienten. Es más, si salen de ésta, y como de costumbre los picapleitos consiguen sacarles a la calle, te aseguro que ellos y yo volveremos a encontrarnos. Jimmy era una excelente persona...

El teniente Nichols se encogió de hombros.

—Todo este asunto va a pasar a manos del fiscal, en cuestión de horas —dijo—. Para entonces, no quisiera estar en tu lugar, amigo. No, señor... ni por todo el oro de Fort Knox, quisiera estar en tu pellejo.

Se encasquetó el sombrero, y se fue sin una palabra más.

Con el vaso en la mano, Preston comentó:

—No parece tan fiero como lo pintaste.

—Ahí está lo sorprendente. En circunstancias normales, habría gritado hasta desgañitarse, despellejándome y maldiciendo hasta quedarse sin aliento. No lo entiendo.

—Bueno, ¿qué piensas hacer ahora?

—No lo sé. Contaba con que alguno de esos dos monos me dijera para quién trabajan, quién está detrás de todo esto, y cuál es la razón de que no duden en matar para conseguir lo que quieren.

—Y te iban a decir todo eso, con sólo preguntárselo, ¿eh?

Nolan rechinó los dientes.

—Del modo como pensaba preguntárselo, puedes jurar que hubieran hablado...

—Ya veo...

—¿Te importa ir a beber a tu agujero? Con todo esto esparcido por la alfombra, te aseguro que mi estómago no está demasiado seguro.

—Bueno, puedes alojarte en casa hasta que hayan limpiado esto.

Mark apagó las luces, y se fueron al apartamento del dibujante.

Mientras éste preparaba sendos vasos con hielo, Nolan indagó:

—¿Tienes algún periódico de la tarde?

—Seguro. Debe estar por cualquier parte... Compré el *Mirror*, al venir.

—¿Leíste algo de un asesinato?

—Sí, es uno de esos crímenes que, por lo general, no se aclaran jamás.

—¿Por qué?

—Porque se suele echar tierra encima. Ya sabes, grandes financieros, influencias políticas, traficantes de armas y todo eso.

Mark se puso rígido de pronto.

—¿Dijiste traficantes de armas?

Preston se volvió.

—Eso dije. ¿Por qué te sorprende?

Pero Nolan no respondió, enfrascado en pasar las páginas del revuelto periódico hasta que encontró lo que buscaba.

No había muchos detalles aún, seguramente porque, al llegar las informaciones a las redacciones de los periódicos, la policía no tenía mucho que decir.

En resumen, había sido descubierto el cuerpo de un tenebroso comerciante de muerte, uno de los más activos traficantes de armas, llamado Spiro Teodopulos. El crimen se había cometido de forma particularmente salvaje, y el cuerpo apareció mutilado de manera atroz, machacado con un ensañamiento demencial.

A falta de una declaración expresa de la policía, se especulaba sobre los motivos de tan brutal asesinato, barajándose móviles, algunos tan absurdos, que Nolan se encolerizó, y otros que tampoco ofrecían mayor verosimilitud.

—¿Lo has leído todo? —Gruñó, al terminar.

El dibujante asintió.

—Confieso que soy un apasionado de estos asuntos, particularmente cuando la víctima es uno de esos buitres de la guerra. ¿Por qué te interesa tanto a ti?

—Por nada concreto, pero ando a la caza de cualquier hecho violento que pueda tener alguna relación con lo que está sucediendo.

Dejó el periódico a un lado, y apuró la bebida de un trago,

estremeciéndose al sentir el impacto del licor en el estómago.

—He de irme, Preston. No necesito decirte cuánto te agradezco tu ayuda. Quedo en deuda contigo.

El otro sonrió.

—Olvidalo. ¿Volverás esta noche? Porque imagino que no querrás dormir en tu apartamento.

—Ya te he dado suficientes quebraderos de cabeza. Me instalaré en un hotel, por un día o dos.

Estrechó la mano del dibujante y se marchó.

El médico del servicio nocturno telefoneó al doctor Shelley, antes de permitirle entrar en la clínica.

—Está bien, puede usted ver a la paciente, señor Nolan —rezongó, con disgusto, por lo que consideraba una transgresión de las normas del establecimiento—. Pero ya le he dicho al doctor Shelley que declino toda responsabilidad...

Antes de entrar en la habitación, Mark llamó a la puerta con los nudillos. Instantes después, la voz de la muchacha dijo:

—Pase...

Estaba acostada y, al ver a Nolan, se incorporó sobre un codo.

—¿Estaba dormida?

—Sí...

—Lamento molestarla a estas horas, pero era urgente que hablara con usted.

—Venga, siéntese aquí —invitó, palmeando la cama, a su lado.

El obedeció, sumergiéndose en la belleza de la muchacha, extasiándose al contemplarla con el cabello en desorden, cabello que acariciaba suavemente sus hombros desnudos.

—Ahora, dígame qué es eso tan urgente, Nolan.

—Se trata de algunos nombres. Intente recordar si alguno de ellos trae algo a su memoria, aunque sólo sea la sombra de una imagen, de algo vivo en su pasado.

—Estoy dispuesta...

—Veamos... Spiro Teodopulos.

Ella arrugó el ceño. Una sombra pareció velar momentáneamente sus ojos.

—No..., no recuerdo ese nombre.

—¿Y el de David Strickland?

Ella se enderezó ahora.

—¡Sí! —exclamó jadeando—. ¡Ese nombre... Strickland...!

—¡Inténtelo! ¿Es alguien a quien conoce?

—No lo sé..., es apenas una sombra en mi mente...

Ahora estaba rígida, tensa como la cuerda de un violín.

En pleno esfuerzo, él aún dijo:

—Freddie Baxter, otro nombre que quizá le recuerde a alguien conocido.

—Baxter...

—Un hombre grande, corpulento, de rostro desagradable.

—No sé..., tal vez...

—Algo empieza a agitarse en su mente, muchacha; de eso no cabe duda... Pruebe otra vez; Teodopulos, Strickland, Baxter...

—Estoy haciendo todo lo que puedo, Nolan... y hay una sombra oscura en alguna parte..., algo nuevo en mi mente, que hasta ahora no existía. Teodopulos... es un nombre extraño, debería acordarme si le conocí...

—Se trata de un griego nacionalizado. Le asesinaron hace dos noches.

Ella dio un respingo en la cama.

—¿Asesinado?

—Y por alguien que debía odiarle como al infierno, a juzgar por cómo lo mató.

Ahora, el miedo asomaba a los hermosos ojos de la muchacha.

—Mark —jadeó—. ¿Cree usted que yo...?

—No lo sé.

—Pero la sangre que había en mis ropas...

—Podía pertenecer a Teodopulos o a cualquier otro, no se torture por eso. Sólo trate de recordar. Ese griego era uno de los mayores traficantes de armas del mundo...

—Traficante de armas...

Sus ojos se dilataron asombradamente, mientras todo su cuerpo empezaba a temblar con terrible violencia. Abrió la boca cual si fuera a gritar, mientras los espasmos sacudían todo su hermoso cuerpo.

—¿Qué le pasa? —exclamó Mark—. ¿Se siente mal, lo ha recordado...?

De pronto, ella dejó escapar un horrible alarido, y se desplomó hacia atrás, inerte y con los ojos en blanco.

Frenético, Mark pulsó el timbre de llamada, una y otra vez. Sólo unos segundos más tarde, el médico de guardia y dos enfermeras irrumpieron en la habitación, con gesto alarmado.

—¿Qué sucede? ¡Maldita sea! —estalló el médico—. ¿Qué le ha hecho?

—Nada... sólo hablarle, pronunciar unos nombres. Inesperadamente ha dado un grito y se ha desmayado...

—¡Llame al doctor Shelley. Mira, aprisa! —ordenó el doctor con energía—. Y usted, señor Nolan, salga de aquí, con mil diablos.

Mark dio un vistazo a la inconsciente muchacha, y luego abandonó la habitación y la clínica, preocupado por lo que había provocado aquella reacción extraordinaria.

¿Fue el nombre de Teodopulos, o el hecho de que éste fuera un traficante de armas?

Con la duda inquietándole, buscó un hotel de segunda categoría, donde no sería probable que nadie le buscara, y se acostó. Tuvo espantosas pesadillas durante toda la noche.

CAPÍTULO VII

A la mañana siguiente, empujado por la impaciencia, llamó a la clínica y, tras una corta espera, oyó la voz del doctor Shelley.

—¿Mark? —exclamó el médico—. ¡Estuve llamándote horas y horas! ¿Dónde diablos estabas?

—Hubo dificultades en mi apartamento, y hube de alojarme en un hotel. ¿Cómo está la muchacha? Eso es lo importante.

—Te juro que me gustaría mucho saberlo.

Se puso rígido de pronto, con un vago sentimiento de inquietud.

—¿Qué quieres decir con eso exactamente?

—Tu protegida ha desaparecido, Mark, es así de sencillo.

Nolan sintió como si la tierra oscilara bajo sus plantas.

—¿Desaparecido? —balbuceó—. ¿Cómo ha podido desaparecer de una clínica con personal de vigilancia?

—No lo sé aún. ¿Qué le dijiste anoche? Al parecer, fue algo que le causó una impresión terrible.

—¡Pero un médico y dos enfermeras quedaron allí, con ella, y además, la chica estaba inconsciente!

—Ya lo sé. Llegué veinte minutos después que te marchaste, y la vi. Estaba sumida en un profundo desvanecimiento, y consideré peligroso forzarla a recobrar la conciencia por medios artificiales, así que decidimos dejarla descansar, y que reaccionara por sí misma. Media hora más tarde, una de las enfermeras fue a dar un vistazo rutinario, y la encontró dormida aún. Cuando se realizó la siguiente ronda, ya no estaba. Se había fugado, y te aseguro que realizó un gran trabajo para desaparecer sin ser descubierta.

—No puedo comprender lo que la hizo reaccionar de ese modo.

—Debió ser algo que tú le dijiste —insistió el médico, a través del auricular.

—Sólo pronuncié unos nombres... De pronto, dio un grito y se desmayó.

—Ya veo...

—La buscaré —dijo con salvaje intensidad—. He de volver a encontrarla, Alex, antes de que la localicen los pistoleros que rastrean la ciudad...

—Ya que me metiste en esto, Mark, quiero estar informado de lo que suceda. Avísame si consigues averiguar su paradero. Presiento que nos va a necesitar mucho más que antes...

—Eso mismo es lo que pienso. Te llamaré.

Colgó, profundamente inquieto. Fue en busca del coche, y emprendió el camino del inmenso edificio policíaco.

El teniente Nichols arrugó el ceño al verle, pero eso fue todo.

Ni maldiciones, ni reproches, ni quejas.

Nada de nada.

—Siéntate —dijo tan sólo—. Tienes mal aspecto, muchacho. ¿A qué es debido, al miedo, quizá?

—No te niego que esté asustado, pero eso es asunto mío. ¿No has hablado aún con el gran lagarto de las finanzas?

—¿Strickland? Lo intenté. Fue lo mismo que pegar de cabeza contra un muro. Hace años que el gran Strickland no es visto por nadie más que por sus colaboradores más íntimos. Sólo conseguí llegar hasta un tipo escurridizo, llamado Grable. Es una especie de primer secretario ejecutivo o algo así. No le saqué nada concreto, sólo promesas. Averiguará si Baxter trabaja actualmente para el señor Strickland, le preguntará al jefe de personal. En cuanto a entrevistarme con el propio señor Strickland, verá lo que puede hacerse, y me avisará cuando tenga la respuesta del gran hombre... Todo fue así, más o menos.

—Quizá no le trataste como es debido...

—¿Qué querías, que me abriera paso a tiros hasta Strickland?

—Ése hubiera sido un buen sistema. ¿Dónde viste a ese brillante ejecutivo?

—En un despacho deslumbrante, del edificio de la Corporación Strickland. Y te aseguro que fue toda una hazaña llegar hasta él. Hube de recorrer toda una escala de valores.

—Ya veo... ¿Le dijiste que el coche utilizado por los pistoleros también pertenecía al buitre de su patrón?

—Naturalmente que se lo dije. Resultó que cuando hizo averiguaciones, ese maldito coche había sido robado la noche

anterior, o la otra, nadie parecía estar muy seguro. Tienen toda una flota de autos lujosos y, por lo visto, el escamoteo de un simple «Cadillac» no le quita el sueño a nadie.

—Supongo que no le creerías...

—Oficialmente, hube de darle crédito. Lo que yo piense, de modo particular, no tiene ningún valor.

—Creo que me gustaría mucho tener una parrafada con ese caballero ejecutivo.

—Prueba. Con mucha suerte, quizá dentro de un par de meses te conceda audiencia.

—Veremos. Oye, ¿qué sabes del asesinato de ese Teodopulos?

Nichols aguzó su atención de golpe.

—¿A qué viene eso?

—Nada concreto, sólo que es el único hecho de sangre acaecido en el lapso de tiempo que se ha desencadenado todo este lío. Pensé que quizá hubiese una relación, eso es todo.

—Mark, otra vez estás tomándome el pelo.

—Te aseguro que...

—No vayas a jurarlo, sería un delito. Ese crimen no fue cometido por los pistoleros que tratan de cazarte a ti. No tenía su «técnica». Quien fuere que lo cometió, no pasaba de ser un torpe aficionado, aunque con una monumental carga de, odio. Materialmente, le hizo tiras.

—¿Con qué arma?

—Empezó con un cuchillo, al parecer. Después, empleó un objeto pesado y duro, y así acabó su trabajito.

—Ese griego era un traficante de armas conocido...

—Ya lo sé.

—Strickland también lo es.

—Más despacio, muchacho, no vayas a pasarte de rosca. Hay una diferencia abismal del uno al otro.

—Pero, en el fondo, eran lo mismo. Sucias ratas, que amasaron sus fortunas con el comercio de la muerte.

—Si esperas que yo relacione la muerte de Teodopulos con David Strickland, piensa en otra cosa. Cuando quiera jugarle el cargó, sé por lo menos cincuenta sistemas más cómodos de hacerlo.

—Antes dijiste que sólo sus íntimos han visto a Strickland en los últimos años. ¿Quiénes son esos «íntimos»?

—Pues Grable y otros como él. Strickland es ya tan grande, que no necesita aparecer en público para controlar sus inmensos negocios.

—¿Hay alguien que sepa cómo es, qué carácter tiene, qué aspecto, qué aficiones o deportes practica?

—¿Para qué quieres saber todo eso?

—Para llegar hasta él, aunque sea pasando por encima de sus brillantes secretarios ejecutivos, o cómo demonios se llamen.

—Hazlo, y te arrojarán a la basura. Ya deberías saber cómo son estas cosas, no eres ningún pardillo.

—Nada me impide intentarlo, por lo menos.

Se levantó. Antes de llegar a la puerta, se detuvo, y preguntó como si la cosa se le ocurriera en ese preciso momento:

—A propósito... ¿Alguno de esos magnates tiene hijos?

—No lo sé... Creo que Strickland tiene un hijo, o una hija. En cuanto al griego, ni siquiera estaba casado. Sólo tenía una preciosa amante, que ha desaparecido.

El corazón le dio un salto en el pecho.

—¿Desaparecido? —murmuró—. ¿Es que alguien la ha buscado?

—Nosotros. Sus declaraciones son de suma importancia.

—Sí, claro. Ya nos veremos, Peter.

—De eso sí que estoy seguro.

Abrió la puerta. Antes de que pudiera cerrarla, el policía comentó:

—Olvidaba decirte que tus dos huéspedes de anoche te van a poner en aprietos, Mark.

—¿Qué?

—Uno murió mientras los matasanos intentaban recomponer su cabeza rota. El otro está grave, y jamás volverá a tener una cara presentable.

—No voy a verter lágrimas por ellos.

—Resérvalas para ti. Esta mañana he remitido todo el *dossier* al fiscal... Adiós, muchacho. Cierra la puerta, cuando salgas.

Su voz burlona se extinguió, al cerrar Mark la puerta a sus espaldas.

Abandonó el inmenso edificio de acero y cristal, sacó el coche del estacionamiento, y se alejó, profundamente preocupado e inquieto.

Su primera parada fue en el colosal edificio que albergaba las oficinas centrales de la Corporación Strickland. Allí comprendió lo que el policía había querido decir, referente a un sólido muro de piedra.

Treinta minutos después de formular, por primera vez, su solicitud para ver al tal Grable, no había adelantado un solo paso hacia su objetivo.

Finalmente, un hombre joven, altivo y estirado, se dignó recibirle en su impresionante despacho, y dijo:

—Puedo concederle tres minutos, señor Nolan.

—¿Es usted el señor Grable?

—Desde luego que no.

—Entonces, sobran dos minutos y medio. Es al señor Grable a quien deseo ver.

—Eso es absolutamente imposible. El señor Grable sólo atiende las visitas estrictamente programadas por él mismo.

—Prográmele la mía. Puedo garantizarle que le interesa recibirme.

—Lo lamento, señor Nolan, aunque quisiera arriesgarme a hacerlo, no podría. Hoy, el señor Grable no ha acudido a su despacho.

—¿Y eso es normal en él?

—Suele ocurrir con frecuencia.

—¿Cuándo podré saber si accede a recibirme?

El brillante ejecutivo sacudió tristemente la cabeza.

—Debo insistir en mi negativa, señor Nolan. Pudo haber expuesto el motivo de su solicitud aquí y ahora, pero me temo que su tiempo se ha agotado.

—Ya veo... Tal vez se lleven ustedes una sorpresa, dentro de poco tiempo. Anótelos también...

Se fue, echando chispas.

Entró en el primer bar que encontró al paso, y se enfrascó en la consulta de la guía telefónica.

Cuando salió, llevaba anotadas las direcciones particulares de todos los individuos llamados Grable, y que constaban en la guía...

CAPÍTULO VIII

Las cuatro primeras direcciones resultaron un fracaso.

La quinta pertenecía a una de las increíbles residencias del Sunset Boulevard y, cuando llamó insistentemente al timbre de la colosal verja de hierro, no obtuvo ninguna respuesta.

El fantástico edificio se adivinaba al otro lado de una cortina de árboles, y entre éstos y la entrada se extendía un glorioso jardín y un inmenso prado de verde césped.

Mark Nolan se cansó de presionar el timbre, e inició un reconocimiento de la interminable pared de ladrillo que cercaba la propiedad.

Descubrió una pequeña puerta de hierro en la fachada éste, y, al empujarla, giró sobre bien aceitadas bisagras.

Titubeó un instante, antes de decidirse a invadir la propiedad del quinto de los Grable que llevaba anotados.

Cerca de la portezuela se alzaba un enorme garaje, capaz para seis o siete coches. Las puertas automáticas estaban cerradas. Un ancho paseo de grava partía del garaje y, bordeando el impresionante edificio, se perdía más allá de los árboles.

No distinguió un solo signo de vida en todo su paseo hasta la puerta del caserón. También ésta estaba cerrada, y nadie acudió a su llamada.

Igual que hiciera con el muro exterior, reconoció el perímetro de la casa hasta descubrir la entrada a una cocina, dentro de la cual habría cabido su propio apartamento incluida la terraza.

Todo ese abandono, esa soledad, le intrigaban; así que se coló dentro, empezando a recorrer la planta baja.

No fue muy lejos.

El cadáver yacía en lo que debía ser estudio de trabajo y biblioteca.

Y era un cadáver muy feo, porque el asesino había hecho con él

una verdadera carnicería.

Cuando consiguió dominar los saltos de su estómago, que parecía empeñado en salirle por la boca, se acercó al sangrante despojo.

El hombre había sido sorprendido vestido solo con el pantalón y una camisa blanca, que entonces era de color pardusco y estaba rígida como el cartón.

Retrocediendo, localizó la chaqueta del traje, colgada en un reducido armario. Tras registrar los bolsillos de la prenda, comprobó que pertenecía a Robert Grable.

Después de todo, ya no podría forzar ninguna entrevista con el primer secretario ejecutivo del gran Strickland...

Decidió que ya había visto bastante, y salió de la biblioteca, después de pasear una última mirada sobre toda aquella sangre que lo había salpicado todo.

Recordaba bien el camino de la cocina, de modo que se internó por el pasillo de servicio hasta la monumental cocina.

Apenas dio el primer paso dentro de ella, el mundo entero se abatió sobre su cabeza. Hubo un llameante estallido de dolor, y después ya no hubo nada, sólo las tinieblas de la inconsciencia y la muerte...

Alguien trabajaba a destajo, tratando de barrenarle el cráneo.

Sentía el martilleo incesante, el golpeteo de un dolor agudo y lacerante, que profundizaba más y más, a medida que pasaba el tiempo y sus sentidos despertaban.

Como si procediera de una gran distancia, oyó una voz bronca, que comentaba:

—Ya despierta... Hemos perdido más de una hora. Para otra vez, ten más cuidado cuando le sacudas a un tipo.

Un sordo gruñido, como de un animal furioso, fue la respuesta.

Lentamente, abrió un ojo y vio un suelo de cemento. Abrió el otro, y su visión se amplió hasta dos pares de pies, calzados con grandes zapatones.

—Bueno, héroe, levántate. Hay mucho que hacer.

Dio la vuelta y consiguió sentarse en el suelo. Todo comenzó a girar a su alrededor, pero en medio del torbellino distinguió una cara contraída por la cólera, y adornada con varios parches adhesivos.

Al otro individuo no lo había visto nunca.

Fue éste quien dijo:

—Procura despejarte, chupatintas, porque tenemos muy poco tiempo.

—¿Cómo... supieron que estaba en aquella casa?

—Te seguíamos desde que saliste de la jefatura. ¿Crees que somos idiotas? Pensamos que, tarde o temprano, irías allí, debido a todo lo que había sucedido, y acertamos. Sólo tuvimos que seguirte, y esperar la oportunidad de echarte el guante.

—Y todo eso... ¿para qué?

—Por la chica, héroe; ya podrías imaginarlo por tu cuenta. Tú te la llevaste. Vas a decirnos dónde está. ¿Entiendes lo que te digo?

—Seguro...

—Bueno, suéltalo ya.

—¿Para qué diablos quieren cazarla?

—Las preguntas las hacemos nosotros.

El de la cara rota dijo, rechinando los dientes:

—Déjalo de mi cuenta... Quiero saldar mi pequeña cuenta con ese hijo de perra.

—Tranquilo. Podrás hacerlo pedazos, si no habla. Pero si es razonable, no hay ninguna necesidad de perder tiempo. ¿Qué dices, Nolan?

—Pierden el tiempo. Yo también ignoro dónde está, ahora, la chica...

—Eso puede ser muy malo para ti.

El de los parches cacareó:

—¡Pero será divertido para mí!

Hundió la mano en el bolsillo y, al sacarla, sonó un seco chasquido, y una lengua de afilado acero saltó fuera de la empuñadura del cuchillo automático.

Los ojos del pistolero relucían como los de un demente, rebosantes de odio y rencor.

El otro aún le detuvo con un gesto.

—¡Espera, maldita sea! Quiero oír la historia, primero. Habla, héroe, porque en estos momentos no doy un centavo por tu pellejo...

—Es algo muy sencillo... Primero la llevé a mi apartamento, pero ella había sufrido un tremendo golpe, y no recordaba ni su

nombre. Padecía amnesia; de modo que llamé a un médico para que la internara en una clínica. Y esta noche pasada, ella se fugó. Les juro que yo también quisiera encontrarla.

—Para ser improvisado, es un cuento bastante lógico...

—Dentro de cinco minutos, estará pidiendo a gritos que le dejemos decir la verdad —gruñó el del cuchillo.

Avanzó paso a paso hacia Nolan, que se agazapó en el suelo, retrocediendo despacio. El otro aún dijo:

—No sea idiota, héroe... Selby está impaciente por rajarle. Cuando tiene un cuchillo en la mano, apenas razona, y en esta ocasión, tiene una cuenta personal con usted. Diga la verdad, y se evitará un trago infernal.

—¡Les he dicho la verdad!

El tipo se encogió de hombros y cerró la boca.

Selby enseñó los dientes en una mueca, y llegó al alcance de Nolan. Éste se apoyó en el suelo con las manos, y disparó las piernas hacia arriba con todo el impulso que pudo reunir.

Los dos pies golpearon a Selby más abajo del cinturón. El pistolero lanzó un aullido, y salió volando por los aires. Cuando, rebotó en el suelo, se quedó hecho un ovillo, rugiendo entrecortadamente, a causa del dolor lacerante que experimentaba.

El otro salió de su estupor, hundiendo la mano en la axila. La sacó armada de una enorme pistola, automática.

Mark se quedó muy quieto. Esta vez no tenía una sola oportunidad de defenderse porque el individuo estaba, demasiado lejos de él, y la pistola ya le apuntaba.

De cualquier modo, era preferible morir de un tiro que rajado a tiras por un fulano medio loco...

Por el rabillo del ojo vio un leve movimiento en la puerta del reducido sótano. Después, algo salió de allí volando, y fue a estrellarse contra la cabeza del pistolero. Era una botella, y se hizo añicos lo mismo que el cráneo del hombre, que cayó igual que fulminado por un rayo.

Selby dejó de lamentarse, y desorbitó los ojos ante el espectáculo. Como si olvidara el dolor, se levantó, tambaleándose y rugiendo. De un zurdazo, recobró el cuchillo que había perdido al caer.

Antes de que diera el primer paso, Nolan rodaba por el suelo

hacia donde cayera la pistola del otro.

La empuñó y, tendido aún en el suelo, se revolvió ferozmente.

Selby llegaba a él, blandiendo su cuchillo cuando Nolan tiró del gatillo. La tremenda arma tronó ensordecedoramente entre aquellas paredes.

Selby saltó hacia atrás, manoteando, con una asombrada mirada en sus ojos porcinos. Luego, despacio, abatió la cabeza y miró la sangre que brotaba por el orificio de la bala, ensuciando la camisa.

Repentinamente, dejó de trastabillar, y se abatió de golpe.

Mark se volvió hacia la puerta. Por ella apareció alguien, arrastrándose angustiosamente. Cuando el hombre que le había salvado la vida levantó la cabeza, Nolan sintió que se le erizaban los cabellos.

—¡Jimmy...! —jadeó.

El dueño del bar tenía la cara negra y tumefacta, a causa de los golpes, casi irreconocible. Mark se arrodilló a su lado, sosteniéndole, y entonces descubrió sus pies, que eran una pura llaga. Le habían quemado las planta con un soplete, y el desgraciado tardaría mucho tiempo en volver a sostenerse de pie.

Sintió una pena inmensa, y un gran agradecimiento hacia aquel pobre hombre que había sufrido tanto por su causa.

—Te sacaré de aquí, Jimmy...

—Se..., señor Nolan... no pude soportarlo... se lo dije todo...

—Está bien, está bien, no importa. No debiste resistirte. No puede hacerse eso con esta clase de bestias sin entrañas...

Llevándolo casi en volandas, subió las escaleras cautelosamente, sin abandonar la pesada pistola que perteneciera al forajido.

Había un rellano al final, y todo estaba oscuro. Fuera, delante de la puerta del pequeño *bungalow*, había un coche, y Nolan instaló al barman en el asiento posterior.

—Te llevaré a un médico, Jimmy. Pronto estarás bien.

—¿Qué pasó en mi bar? Dijeron que..., que lo destruirían...

—Y lo hicieron. Pero alguien lo pagará, te doy mi palabra.

Arrancó y abandonó el jardín, orientándose para regresar a la ciudad por el camino más corto.

Desde luego, alguien tendría que pagar, y no sólo por el bar destruido...

CAPÍTULO IX

El doctor Shelley acabó de secarse las manos, y refunfuñó:

—Eres único metiéndome en problemas, Mark. ¿Qué quieres que haga ahora con ese hombre?

—Seguir atendiéndole. Cuando esté repuesto, podrás presentar una de tus minutas astronómicas porque alguien la pagará.

—Ya sería hora que cobrara alguna de las cuentas que tengo contigo —cacareó el médico—, pero eso no es lo que me preocupa ahora, sino la policía. Lo que le hicieron a ese desgraciado debe ser denunciado, sin ningún pretexto.

—Yo lo haré. Seguramente, el teniente Nichols vendrá a interrogarle...

—Seguro. Ahora que tú le has exprimido ya todo lo que sabe.

—Y le he dado instrucciones sobre lo que debe decir y lo que debe callar —sonrió Nolan, encendiendo un cigarrillo—. Ahora creo que ya tengo una idea de lo que está cociéndose, aunque siga a oscuras en lo referente a la muchacha.

—¿No has sabido nada de ella aún?

—Ni una palabra.

—Estoy muy preocupado por esa chica, Mark. En el estado en que estaba... En fin, no quiero ni pensarlo.

Nolan expelió una nube de humo como una caldera a presión. Titubeó un instante, y luego preguntó:

—¿Encontraste en ella algún síntoma de desequilibrio mental, además de la amnesia?

—No puedo responder a eso. Su mente estaba desequilibrada a causa del trauma psíquico sufrido, y todo nuestro esfuerzo se dirigió a descorrer el velo que se interponía entre la razón y el subconsciente. ¿Por qué lo preguntas? ¿Has averiguado algo que demuestre que estaba desequilibrada «antes» de sufrir la amnesia?

—No he descubierto nada —dijo bruscamente—, excepto un

cadáver hecho pedazos.

—¡Mark! —jadeó Shelley.

Pero el escritor ya se alejaba apresuradamente hacia la puerta de salida.

Llamó un taxi y ordenó al chófer que le llevara a la Jefatura de policía. Y en su fuero interno deseó que el teniente Nichols siguiera haciendo gala de su incomprensible tranquilidad de los recientes encuentros...

—De modo —gruñó el policía—, que confiesas haber matado a un tipo, y dejado a otro con la cabeza abierta, en el sótano de una casa de Fletcher Street...

—Si quieres, lo firmo. Pero acabo de explicarte algo más, que saqué a Jimmy de allí, y las condiciones en que lo encontré, para no hablar otra vez de lo que querían hacer conmigo.

—Sí, ya sé... Alegato de defensa propia y todo lo demás. Pero el hecho es que dejaste tieso a un tipo —suspiró y con una curiosa expresión en el rostro añadió—: Voy a degradar a esos dos inútiles para que vuelvan a trotar por las calles, vestidos de uniforme.

—¿De qué estás hablando?

—Debieras haberlo supuesto. De los dos hombres que destiné para seguirte a todas partes. Te perdieron después de tu segunda visita a uno de los individuos llamados Grable.

Estupefacto, Nolan tardó unos instantes en comprender lo que esa revelación implicaba.

—¡Maldita sea tu estampa! —estalló—. ¿Estás diciéndome que me utilizaste como camada?

—En cierto modo, sí. Esperaba que volvieran a atacarte. Mis hombres tenían órdenes expresas de protegerte, pero también de capturar a quienquiera que tratara de meterte en un coche o llevarte por la fuerza... ¡Y te dejaron escapar justamente cuando...! Pero no sirve de nada lamentarse ahora.

—Debería romperte el cuello. O hacerte comer tu condenada chapa, teniente. Es el trabajo más sucio de que tengo noticia.

Se levantó, furioso y desconcertado.

—Cuando te hayas vuelto a sentar, te diré algo más.

Se sentó como un autómatas.

—Suéltalo —dijo.

—Yo tenía la esperanza de capturar «vivos» a quienes te

asaltarán. Eso nos hubiera dado una pista segura. Pero había algo más... Tan importante, que valía la pena correr el riesgo. Strickland, ¿entiendes? Yo sabía que era prácticamente imposible llegar hasta ese maldito. No podíamos saltarnos los reglamentos, arrollando los obstáculos que protegen a Strickland. Pero imaginé que tú sí llegarías hasta él. Para ti no hay ningún reglamento que ate tus manos, y estuve seguro de haber acertado, cuando supe lo que estabas haciendo. ¡Dios bendito! Rogué para que lo consiguieras esta misma noche..., porque el gran buitre ha empezado a graznar.

—¿Qué diablos quieres decir?

—Strickland ha llamado a un senador, amigo suyo. Al gobernador del Estado y a un par más de influyentes hombres públicos. El resultado es una orden terminante de dejarlo en paz. El señor Strickland es un caballero intachable, que riega al fisco con sus impuestos y honra nuestra ciudad viviendo en ella, en lugar de elegir otra cualquiera del ancho mundo...

Su voz sarcástica se extinguió, y Nichols sacudió la cabeza, dominándose a duras penas.

—De modo que se inquieta —comentó Nolan—. El gran hombre empieza a tener miedo.

—No sé si tiene miedo o no, pero mis órdenes son terminantes. Debo enfocar el caso desde otro ángulo que no pueda molestar a nuestro honorable ciudadano.

—Como tú dices..., estas órdenes no rezan para mí.

El teniente sonrió de una manera lúgubre.

—Que tengas suerte. Ahora iré a hablar con Jimmy, a esa clínica.

—Bueno, ¿qué sabes de los dos matones que descalabré en mi apartamento?

—Ya te lo dije. Uno está grave y el otro murió.

—Deseo que no descanse en paz —refunfuñó Nolan piadosamente—. Pero me refiero a su identidad, para quién trabajaban...

—Eran secuaces de Freddie Baxter. Vigilantes jura dos de las propiedades del señor Strickland.

Mark rechinó los dientes.

—Era lo que imaginaba.

—Pero no imaginabas que otros dos de esos vigilantes han aparecido en una cuneta, a veinte millas de la ciudad, acribillados a tiros.

—No pensarás achacármelos a mí también.

—No, ése fue un trabajo de profesionales. Entre unas cosas y otras, no deben quedarle muchos perros de presa al gran hombre.

—Tengo la esperanza de mermar un poco más aún sus fuerzas de choque, antes que esto termine.

Nolan se encaminó a la puerta, como si de repente le hubiesen entrado muchas prisas.

Tras él, Nichols exclamó:

—¡Un momento, Mark! No me dijiste que pasó con la pistola que utilizaste para escapar...

—¿La pistola? La dejé allí cuando me fui —aseguró, sintiendo el confortante peso del arma en el bolsillo posterior del pantalón.

—Ya... eso es todo, Mark.

Su siguiente visita fue a la redacción del *Times* de Los Angeles. Había un reportero especializado, llamado Jeff Dean, al que encontró aporreando la máquina de escribir, sin ningún entusiasmo.

El periodista le miró con sus ojos enrojecidos.

—¡Yaya quién está aquí! —cacareó—. El futuro premio Pulitzer...

—Otro sarcasmo como éste, y desisto de invitarte a un trago.

—¿Dijiste un trago?

Se levantó de un salto, y casi a empujones le sacó del despacho. Nolan se encontró en el bar más cercano, como en un vuelo.

—Ahora escucharé tus penas, muchacho —dijo el reportero, después de vaciar su primer vaso. Hizo señal al mozo de que lo llenara otra vez, y esperó.

—David Strickland. ¿Sabes mucho de él?

—Cuando se pronuncia ese nombre, hay que descubrirse. ¿Qué sería de la patria sin ciudadanos como el gran Strickland? No me lo digas —añadió apresuradamente—, la patria sería mucho más limpia. Pero eso no puede escribirse en los periódicos. ¿Qué nasa con él...?

—¿Le has entrevistado alguna vez?

—Hace años..., cuando aún era posible llegar a su augusta presencia sólo con un mes de espera... Ahora, nadie llega hasta su

trono.

—¿Tiene familia?

—Una hija.

Nolan se quedó helado.

—¿La conoces también?

—No personalmente, aunque he visto algunas fotografías. Es una especie de cabeza loca..., viaja continuamente y, si quieres mi opinión, es la más erótica versión femenina del clásico *play-boy*. Ya sabes, inviernos en Florida y las estaciones de esquí internacionales, todo bien alternado. Veranos en Europa; Costa Azul, Montecarlo, Capri... ¿Por qué te interesa la dama, Mark?

—Mi interés por ella es marginal. ¿Podría ver alguna foto suya?

—Seguro que hay alguna en nuestro archivo, aunque no existen muchas. Es bastante reacia a dejarse fotografiar por la Prensa.

—Iremos a ver esas fotos, dentro de un minuto. Ahora, otro asunto: Teodopulos.

El reportero dio un respingo, y vació el segundo vaso antes de hablar.

—Un bonito asesinato —dijo cautelosamente—. ¿Qué hay pon él?

—¿Era enemigo de Strickland?

—Perro y gato, aunque en el caso de estos personajes sería mejor y más acertado compararlos con un tigre y un león.

—¿Quién sería el tigre?

—El griego. Y dejando las metáforas a un lado, ¿pretendes establecer una relación entre el bonito asesinato y Strickland?

—Yo no dije eso.

—Ni tú ni nadie, en su sano juicio, lo insinuaría públicamente.

—Bueno, vayamos a ver esas fotos.

El inmenso archivo del periódico funcionó con matemática precisión. A los tres minutos de haber formulado el reportero la solicitud, un *dossier* con el nombre «Strickland» en la cubierta estaba sobre la mesa.

Dean revolvió en el fajo de fotografías, recortes y documentos hasta encontrar lo que buscaba.

—Ésta es —dijo—. Todo es bocado, ¿eh?

Mark tomó la fotografía. Casi no se sorprendió al ver el hermoso rostro de su sirena perdida, mirándole con sus grandes ojos desde la

foto.

—¿Y bien? —Gruñó el reportero.

—Una belleza...

—Dime algo más que eso.

—No hay nada que decir. Creía haberla visto... Me equivoqué.

—¿Crees que nací ayer? Esa dama es dinamita, amigo, te lo digo yo. Todo lo que lleve su nombre, hará las delicias de los lectores, así que suéltalo.

—No hay nada, Jeff. Por lo menos, de momento.

—Lo cual quiere decir que sí hay algo.

—Tal vez.

—Escucha, hagamos un trato. Tú me facilitas un buen reportaje sobre esa dama y...

—Olvídalo. En todo caso, podré decirte algo, dentro de unos días.

—Esperaré. Desde que rompió con su padre, todo lo que ella hace interesa. Ahí es nada, mandar al infierno una montaña de millones tan alta como el Kilimanjaro.

—¿Quieres decir que riñó con el viejo?

—Reñir no es la palabra exacta. Lo que hizo fue mandarlo al diablo, tal como te dije.

—¿Por qué?

—Eso no trascendió.

—Claro, debía ser algo muy grande, tratándose de Strickland.

—No olvides tu palabra. Si hay materia en lo que estás manejando, yo tendré la exclusiva. ¿De acuerdo?

—Tienes mi palabra.

Mark estrechó la mano del reportero. Jeff Dean le retuvo unos instantes, y ahora no había el menor asomo humorístico en su arrugado ceño.

—Dime sólo una cosa —murmuró—. ¿Hay alguna relación entre Strickland y el asesinato del griego? Los dos manejan el mayor tráfico de armas privado que existe en la actualidad...

—Tal vez exista, aún no lo sé.

Se desprendió de la mano de Jeff Dean, y salió apresuradamente.

El torbellino de ideas que giraban en su mente casi le mareaba.

Estaba amaneciendo cuando llegó a su apartamento, y en esta ocasión no había pistoleros esperándolo.

CAPÍTULO X

Acababa de ducharse, cuando llamaron insistentemente a la puerta.

Se envolvió en una toalla de baño y, atravesando el apartamento, preguntó:

—¿Quién está ahí?

—Tu vecino. Vi luz por la terraza.

—Espera un minuto.

Se enfundó apresuradamente en unos pantalones, y abrió.

El dibujante se coló rápidamente.

—Amigo, qué nochecita llevo —exclamó—. ¿Dónde estuviste?

—Es una larga historia. ¿Qué ocurre aquí?

Preston señaló hacia atrás por encima del hombro, hacia la puerta.

—Adivina quién está en mi apartamento...

—¿Cómo diablos quieres que lo sepa? Escucha, he tenido horas muy duras esta noche, y mi intelecto no es todo lo brillante que acostumbra a ser normalmente, así que déjate de acertijos y habla claro.

—La mujer.

—¿Qué mujer? Oye, Preston, ¿has bebido o qué?

—En todo este condenado lío en que andas metido, faltaba el toque alado, femenino, romántico, si sabes lo que quiero decir. Bueno, ese toque romántico está esa mi apartamento. ¡Y qué toque, madre mía!

Fastidiado, Mark gruñó:

—Oye, compañero, yo no vengo a llenarte la cabeza con mis embrollos sentimentales. No me parece ni siquiera decente que vengas a contarme los tuyos.

—¡Ésta es buena! Pero si es «tú» lío sentimental, no el mío.

—¡Cuernos! La de la media.

—¿Qué media? —se asombró el dibujante.

—O la otra, que armó el cisco cuando la descubrió.

—Más despacio, Nolan... ¿Cuándo descubrió qué?

—¡La media que la primera olvidó!

—Yo no sé nada, de ninguna media. En todo caso, la dama lleva las dos bien puestas... y me he tomado el trabajo de asegurarme porque sus piernas son una filigrana.

—¿Es rubia?

—No.

—¡Pelirroja! Ésa encontró la media, y no quiero decirte cómo se puso...

—¿Quieres dejar de volverme loco con tu media? Es una morena, y debieron romper el molde cuando la hicieron, porque en mi vida he visto otra parecida. Nolan se puso rígido.

—¿Morena?

—Ajá. ¿Qué olvidó ésta, viejo, el sujetador, tal vez?

—¿Te ha dicho cómo se llama?

—Rose.

—¡Maldita sea tu estampa! ¿Qué esperas a traerla?

—Bueno, ahora empújame...

Pero se fue, riéndose entre dientes.

Cuando regresó, traía consigo a Rose.

Era la bellísima sirena perdida.

Nolan no encontró voz con que hablar. Sólo pudo mirarla, llenarse de su maravillosa imagen.

Fue ella quien dijo:

—Mark, yo... deseaba tanto verte que..., que vine aquí...

—Estuvo llorando un buen rato, antes de que yo saliera a decirle que estabas ausente. La invité a que te esperara y...

Se interrumpió, al advertir que ninguno de los dos le escuchaba.

Se rascó el cogote, gruñó, dio media vuelta y se fue, cerrando suavemente la puerta. —Así que te llamas Rose— dijo él finalmente —. Rose Strickland...

—Lo sabes ya...

—Vi tu nombre en unas fotos periodísticas. Ahora, cuéntame por qué los matones de tu padre están dándote caza por toda la ciudad. Cuéntame lo que sepas de la muerte de Teodopulos, del asesinato del secretario de tu padre, Robert Grable, Y explícame por qué te

fugaste de la clínica.

—Mark, por favor...

—Anda, empieza.

—¿Por qué me tratas de este modo? Vine porque eras mi refugio, mi única esperanza...

—¿Por esta razón estuviste tomándome el pelo?

—¡Mark!

El gruñó un juramento entre dientes y, dándole la espalda, fue a servirse una generosa dosis de *whisky*. El aire fresco del amanecer, que entraba por el ventanal de la terraza, le azotó el torso desnudo, produciéndole un ligero escalofrío.

Tras él, la muchacha dijo con voz que temblaba:

—No te engañé en ningún momento. Lo había olvidado todo, pero tú provocaste los recuerdos... Cuando recobré el conocimiento, lo recordé todo, y creí morir.

—Y en lugar de pedir ayuda al médico, o a mí, por su mediación, desapareciste.

—¡No podía contarle a un médico desconocido que mi padre había asesinado al griego, de aquel modo horrible! —estalló.

El se volvió en redondo, con el vaso en la mano, pero olvidado de que lo sostenía. Ella estaba llorando, y las lágrimas inundaban sus mejillas.

—¿Que tu padre...?

Se quedó sin voz.

Ella cabeceó, asintiendo.

Al fin, bebió de un trago todo el contenido del vaso, y abandonó éste para acercarse a la muchacha, y rodearle los hombros con el brazo.

—Lo siento, pequeña..., no quise herirte... Ven, siéntate aquí, y cuéntame lo que sepas.

—¿Y después, Mark?

—Ya decidiremos.

Ella hipó, tratando de contener el llanto.

—Aquellos hombres me llevaron allí... Al principio, me confié porque yo sabía que estaban al servicio de mi padre. Pero me encerraron en aquella casa. Después, me sacaron otra vez y fue cuando vi el espantoso cuadro... con sangre por todas partes. Me dijeron que mi padre era quien había hecho aquello, porque

Teodopulos le había desbancado en uno de los más importantes envíos de armas de la historia... Me pareció estar viéndolo... a papá lleno de sangre, destrozando al griego en uno de sus arrebatos de ira... Creo que fue entonces cuando me desmayé. Ellos debieron llevarme a otro sitio, porque cuando recobré el conocimiento estaba tendida dentro de un coche. Ya no recordaba nada..., nada en absoluto.

—¿Y luego...?

—Salí del coche, pero oí que alguien se acercaba, y me oculté. Les oí hablar..., querían matarme, Mark... Habían estado reconociendo los alrededores. Cuando descubrieron que yo no estaba en el coche, echaron a correr los tres para buscarme.

Después vi la luz del bar y..., y te encontré a ti.

Perplejo, Nolan encendió un cigarrillo.

—Y eran esbirros de tu padre, ¿eh? —rezongó.

—Sí...

—Sé que reñiste con tu padre, que te separaste de él, y renunciaste a recibir su dinero. Todo eso lo he averiguado en los archivos del *Times*. ¿Crees que tu propio padre mandaría asesinarle, acuciado por el odio, o por el temor de que pudieras delatarle?

—No lo sé..., yo jamás pensé que pudiera llegar a tanto... Yo le despreciaba, Mark, pero era mi padre. Nunca le hubiera delatado. ¡Era mi padre, a pesar de todo!

—¿Por qué te separaste de él?

—Por su abominable negocio de muerte. El fomenta revoluciones en América del Sur y en otros países. Provoca levantamientos, y vende armas a las dos partes... Siempre odié ese negocio, que era la base de todas las demás industrias de mi padre. Pero una vez vi las imágenes de una de esas revueltas... Era horrible... vi morir a hombres, mujeres y niños acribillados en las calles... y eran acribillados con balas fabricadas por mi padre, con armas vendidas por mi padre. Toda aquella sangre me ahogaba, y entonces le odié, Mark. Y decidí romper, de una vez para siempre.

—Entiendo... Y ahora el griego le «pisó» uno de esos negocios.

—Sí..., pero yo no habría podido delatarle, créeme. A pesar de todo, sigue siendo mi padre.

—Claro, lo comprendo. ¿Cómo se puede llegar hasta él, pequeña? Sé que, desde hace años, nadie logra verle.

—El no quiere ser molestado. Vive como un tirano, rodeado de medidas de seguridad.

—Ahora, sus medidas han sufrido una sensible merma de efectividad. ¿Crees que podrías abrimme paso hasta él?

—¿Para qué? No quiero que te arriesgues tú, Mark...

—Hay algo muy extraño en todo esto. Y no quiero perderme el placer de decirle a ese caballero lo que pienso de él.

Ella le miró, asustada.

—¿Y si..., si, después, no puedes salir?

—Saldré.

—Está bien, pero yo iré contigo. Cara a cara, mi padre no se atreverá a hacerme ningún daño.

—¿Te das cuenta del riesgo que vas a correr?

Ella asintió en silencio.

Luego, murmuró:

—Quiero estar a tu lado.

El la sujetó por los brazos, sumergiéndose en la profundidad de sus ojos.

—Una vez me preguntaste si me había enamorado de ti, ¿recuerdas?

—Sí. Ahora mi memoria es muy buena...

—Bien, ahora ya sé la respuesta. Te quiero. Creo que te he querido siempre, incluso sin conocerte porque estaba enamorado de un sueño... de una quimera. De tí Rose.

Inclinó la cabeza, y aprisionó sus labios, con unas ansias que había retenido durante mucho tiempo.

Ella se abandonó en sus brazos, cerró los ojos y se dejó mecer por la creciente ola de ternura que la envolvía, sabiendo ahora que el amor era aquello precisamente, aquella entrega absoluta, aquel placer indefinible que parecía metamorfosear todo su ser, convirtiéndolo en una llama viva y palpitante.

—Mark —susurró, al fin—. Me ahogas...

—Perdí el control. Voy a vestirme, y nos marcharemos.

Ella asintió. Su rostro resplandecía ahora con una luz nueva, intensa y brillante, que la embellecía todavía más.

Mark se vistió apresuradamente en el dormitorio.

Luego, revisó la potente pistola. Faltaba un cartucho, pero quedaban aún ocho.

Deseó que fueran suficientes, si las cosas se ponían feas.

Luego, descolgó el teléfono y habló breve y concisamente con el teniente Nichols.

Diez minutos más tarde, la muchacha y él abandonaban el confortable refugio para enfrentarse a su propia suerte.

CAPÍTULO XI

El guardián de la enorme reja de entrada dio un respingo, al reconocer a la muchacha.

Desde el volante, Mark gruñó:

—¿Abre esa verja o he de aplastarla con el coche?

—Éste... Desde luego que sí. Disculpe, señorita...

Entró en su garita, y conectó una palanca. El mecanismo abrió la reja, y Nolan introdujo el coche, acelerando después hacia el amplio paseo que serpenteaba por los inmensos jardines.

En la garita, el guardián se precipitó al teléfono de comunicación interior.

Tras el interminable recorrido, Mark detuvo el «Mustang» rojo delante de la puerta de entrada a la residencia. Era un palacio que muy pocos extraños habían pisado jamás.

Un hombre apareció en la puerta. Tenía el rostro achatado y una mirada torva.

—¿Señorita Strickland? —Gruñó—. Su padre está esperándola.

Entraron en la casa. Mark vigilaba constantemente para evitar sorpresas, pero no sucedió nada. El siniestro guía les llevó hasta una biblioteca y dijo:

—Aguarden aquí... El señor Strickland vendrá en unos minutos.

Se fue, cerrando la puerta.

La muchacha susurró:

—Ese hombre, Mark..., es nuevo, no lo había visto nunca.

—Lo creo. Ha debido renovar el personal, últimamente, para cubrir huecos.

—Tengo miedo, Mark, es una sensación estremecedora.

—Tranquilízate. Ésta es tu casa.

—¡No lo es! No lo fue nunca en realidad, porque...

Oyeron abrirse la puerta, y entraron tres hombres.

El del centro era de estatura mediana, fuerte y de rostro tostado

por el sol.

Los otros eran grandes, y sus caras carecían de expresión.

«Perros de presa», pensó Nolan.

Junto a él, notó cómo la muchacha se ponía tensa como un cable.

—¿Ése es tu padre? —murmuró.

Ella no pudo hablar. Sólo sacudió la cabeza de un lado a otro.

Entonces, quien habló fue el hombre moreno.

—Le quedo sumamente agradecido, señor Nolan. Ha sido usted muy amable trayendo al redil nuestra oveja descarriada. Después del trabajo que nos dio, no puedo menos que agradecerérselo.

—¿Quién demonios es usted?

El hombre rió. Hablaba con un ligero acento exótico. Su cabello era muy negro y rizado.

Algo estalló, de pronto, en la mente del escritor. Algo tan increíble, que casi le hizo dar un salto.

—¡Teodopulos! —gritó—. ¡El griego!

—Ajá, no es usted tan tonto como yo le imaginaba. Sí, mi querido amigo. Soy Spiro Teodopulos, pero eso va a quedar entre usted y yo, porque para el mundo soy David Strickland...

La muchacha no pudo contener un grito. Ella también había comprendido ahora, y el pánico comenzó a culebrear por sus miembros.

Nolan dijo con voz sorda:

—Así, el cadáver que todo el mundo cree que es el suyo...

—¡Mi buen amigo Strickland, por supuesto! ¿Conoce otra manera más inteligente de eliminar la competencia, y apoderarme de su imperio al mismo tiempo? Hace años que no recibe visitas... apenas nadie le ve. Seguirán sin verle, pero yo manejaré los hilos para desprenderme de sus industrias, una a una. Valen miles y miles de millones de dólares, amigo mío. Cuando termine, seré uno de los hombres más ricos de la tierra.

Naturalmente, abandonaré este país... Grecia es tan hermosa, sabe usted...

—Está completamente loco, si cree que lo conseguirá.

—No, mi estimado amigo. El único escollo era esta muchacha. Ella desaparecerá.

Todos los demás escollos ya han sido barridos.

—Entiendo..., Grable, por ejemplo.

—Cierto, era incorruptible. Y algunos de los viejos guardianes. Pero he de admitir que la mayoría de los que Strickland empleó se pusieron de mi parte. Todo fue cuestión de precio.

—No lo conseguirá, Teodopulos. Es demasiado grande, incluso para usted.

—Usted no podrá verlo, por supuesto. Pero en atención a su feliz idea de traernos personalmente a nuestra bella amiguita, morirá de un tiro. Le aseguro que no sentirá nada...

—¿Y ella?

—Igual. Desaparecerá. Todo el mundo está acostumbrado a que Rose Strickland desaparezca largas temporadas, para reaparecer después en cualquier lugar del mundo. Ahora será igual... excepto que nunca aparecerá. Cuando alguien empieza a hacerse preguntas, el imperio de Strickland estará liquidado, y yo me habré esfumado discretamente.

—Sigo diciendo que fracasará, griego.

—Respeto su opinión. Puede conservarla hasta la muerte, si quiere. ¿Luigi?

Los dos guardaespaldas se pusieron en marcha.

Precipitadamente, Mark exclamó:

—¡Espere un minuto, griego, sólo un minuto!

—Bien, ¿por qué no? Dígame...

—La policía sabe que Rose y yo estamos aquí. ¿Ha pensado cómo justificará nuestra desaparición, cuando le pregunten?

—¿Olvidan que «me llamo» Strickland? Unas llamadas a los lugares debidos, y grandes hombres públicos harán que ningún polizonte se atreva a molestarme. Olvidé decirle que todos esos influyentes hombres públicos seguirán recibiendo las «donaciones» acostumbradas, en nombre de Strickland.

—Ya veo...

Rose sollozó. Nolan no supo si de terror, por la muerte de su padre, o por lo que estaba a punto de suceder.

El griego, siempre burlón, preguntó:

—¿Ha terminado ya, señor Nolan?

—Creo que un trago me sentaría bien ahora...

El griego se encogió de hombros.

—Sírvase, pero no intente nada. Morir de un tiro, en cierto

modo, resulta sólo un abrir y cerrar de ojos. Pero hay otras formas de morir, y usted lo sabe.

—Vi una muestra en casa de Grable...

Llenó un vaso de licor. Sobre la misma mesita había una tabaquera. La abrió, y tomó un cigarrillo. También un encendedor de gas, pero lo olvidó y, llevándose el cigarrillo a los labios, se apartó de la mesita.

Mientras buscaba las cerillas en los bolsillos, dijo con voz que acusaba un leve temblor:

—A pesar de todo, griego, sigo opinando que no se saldrá con la suya...

Pareció encontrar lo que buscaba, y levantó la mano.

La llamada que brotó de ella no fue la de una cerilla. Tampoco ninguna cerilla del mundo hubiera producido aquel tremendo estampido.

La pesada bala pegó contra el más próximo de los pistoleros, y lo envió dando tumbos a través de la estancia.

El otro corrió a un lado, buscando su arma. Nolan lo cazó antes de que hubiera dado tres pasos, y entonces, sombrío, dijo:

—No se mueva, griego, porque se muere.

Teodopulos le miraba con sus ojillos desorbitados.

—¡Nadie le registró! —jadeó entre dientes.

—No lo hicieron. Eso nos habría hecho sospechar y... ¡Cierre el pico ahora!

Se oían pasos acercándose, y de pronto, la puerta se abrió y el hombre que les recibiera asomó la cabeza.

La tercera bala se la reventó como una fruta podrida, y el tipo desapareció, más allá de la puerta.

Entonces la muchacha comenzó a chillar, presa de histeria.

El griego barbotó:

—¡No podrá salir de aquí...!

—Usted será mi escudo protector, si es necesario, aunque no creo que vaya a necesitarlo... ¿Oye usted eso, genio?

«Eso» era el lejano tableteo de una metrallera. Cesó abruptamente, y Nolan dijo con sarcasmo:

—La caballería acude al combate... Sus sueños de gloria se han hundido, mi querido amigo...

—¿Quiénes..., quiénes son...?

—La policía, por supuesto. Llegaron detrás de nosotros. Sólo esperaron oír los disparos para entrar en acción.

Rose dejó dechillar, y se dejó caer en una butaca. Tenía la cara inundada de lágrimas. Nolan dijo:

—Tranquilízate, todo va bien..., pero no puedo ocuparme de ti ahora. He de vigilar a nuestro querido genio...

Se oían voces ahora, y órdenes, y algún que otro disparo esporádico.

Minutos después, el teniente Nichols irrumpió en la estancia, escoltado por dos guardianes de uniforme, que empuñaban sendas metralletas «Steen».

—¿Estás bien, Mark? —jadeó el policía—. ¿Y la muchacha?

—¿No lo ves por ti mismo? Bueno, te presento al camarada Teodopulos, felizmente resucitado. El te contará una hermosa historia.

—Ya puedes jurar que lo hará. Casi me caí de espaldas, cuando me dijiste por teléfono lo que sospechabas...

—No podía ser de otra manera. Strickland podría ser un bastardo, pero nunca mandaría asesinar a su hija, creo yo. Tampoco liquidaría a su más fiel colaborador, Grable... y a sus propios pistoleros. Empecé a pensar, imaginando cómo ordenaría yo toda esta ensalada en una de mis novelas, y di en el clavo.

—Se lo contarás a un estenógrafo, en jefatura.

—Ahí te equivocas. Tienes al rechoncho griego para relatarte la historia completa. Yo he de ocuparme de mi sirena perdida.

—¿Qué?

—Para que no se pierda otra vez —dijo, sonriendo—. Nunca más.

Ella se acercó a Mark, dominando los sollozos. El la abrazó por la cintura, y murmuró:

—Sólo hay una cosa que me gusta de las que dijo el griego... Eso de liquidar las malditas industrias de muerte del difunto Strickland. Como dijo el pastor metodista a la bailarina, será un placer hacerlo.

Empujó a la muchacha hacia la puerta, mientras el teniente le miraba, estupefacto.

Cuando recobró la voz, ya era demasiado tarde. Allá fuera, el poderoso motor del rojo «Mustang» zumbó, y luego las ruedas hicieron crujir la grava, y después reinó el silencio.

—Bien, griego —gruñó Nichols, mientras le colocaba los grilletes —, vamos a entendemos tú y yo. Aunque pensándolo bien, ese maldito chupatintas ha salido ganando...

Dio un empujón al detenido, y éste pasó entre los guardias armados, con la cabeza abatida sobre el pecho.

Del coche de Nolan ya no se oía nada en absoluto. El griego barbotó:

—¡Exijo un abogado!

Nichols sonrió:

—Seguro. Camina.

Le dio otro empujón, y salieron de la casa.

La sirena perdida había encontrado su navegante.

FIN



DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



